

DOCUMENTAL FOLKLORICO DE LAS ISLAS CANARIAS

JOSE MARIA GIL

poemas, sorondongos y narraciones

notas biográficas por
FERNANDO DIAZ CUTILLAS



Excma. Mancomunidad Provincial
Interinsular de Las Palmas

Era propósito de la Escuela de Folklore editar este libro sobre don José María Gil, coincidiendo con su 94 aniversario, que no llegó a celebrar. La triste noticia del fallecimiento del veterano cultor folklórico llegó cuando este trabajo ya estaba en vías de publicación.



EXCMA. MANCOMUNIDAD PROVINCIAL INTERINSULAR
DE CABILDOS DE LAS PALMAS

*

MINISTERIO DE CULTURA

*

ICEF (INSTITUTO CANARIO DE ETNOGRAFIA Y FOLKLORE)

PROLOGO

Recuerdo con emoción cuando en la inauguración de la Escuela de Folklore, creada por la Mancomunidad Provincial Interinsular de Cabildos Insulares, nos honró con su presencia don José María Gil Santana, figura señera de nuestra música folklórica y hombre dotado de unas cualidades humanas extraordinarias. Fue realmente vivificante y aleccionador contemplar a un hombre que, ya nonagenario, era capaz de transmitir tanto: su canto, con el "sorondongo" que él supo rescatar del olvido, sus folías, sus poemas, sus narraciones y sus incontables anécdotas. Todo, con una espontaneidad desbordante, que hacía la comunicación pronta y vívida. Don José María Gil enriqueció ese acto inaugural de la Escuela y, horas más tarde, en el teatro "Pérez Galdós", cautivó al público, que coreó su "sorondongo", disfrutó con su mensaje lleno de vida, sabiduría y sano humor.

Como reconocimiento y homenaje a su labor de tantos años, a su latente ejemplo en el campo de la cultura popular tradicional, ofrecemos ahora este libro en que se recoge la biografía de tan singular cultor, así como muchas de sus creaciones. Quede, pues, este trabajo como homenaje póstumo y recuerdo permanente del gran folklorista desaparecido.

FERNANDO GIMENEZ NAVARRO
*Presidente del Excmo. Cabildo Insular
de Gran Canaria*

Impreso en LITOGRAFIA GRAFICAN, S.A.
Diego Vega Sarmiento, 2 (Miller Bajo)
Las Palmas de Gran Canaria
Dpto. Legal: GC-289/81

Notas biográficas
por
Fernando Díaz Cutillas

Aunque nacido en Gran Canaria, José María Gil Santana está considerado como una de las figuras más representativas del folklore lanzaroteño; no en vano en esa isla, en la que ha transcurrido la mayor parte de su extensa vida, ha desarrollado su principal actividad en ese campo: desde la fundación de la "Ajei", inolvidable agrupación de San Bartolome, que mereció el primer premio en el Festival Internacional de Santander de 1960, hasta la recreación del "sorondongo", que, además de los que tienen su autoría directa, ha generado otras obras y ha conocido versiones de diferentes grupos, no solamente dedicados a la música folklórica, sino también corales de más amplio espectro.

José María Gil, desde la atalaya de sus lúcidos 93 años, continua ofreciendo el ejemplo admirable de su vocación y su magisterio, de su entusiasmo y de su irrefrenable ilusión, de su espíritu comprensivo y generoso, del que ha dado frecuentes muestras —unas en el anonimato y otras más conocidas, como su presencia en homenajes y actos en los que se solicitó su presencia— y del que esperamos mucho aún.

A lo largo de su existencia, ya próxima al centenario, don José María Gil ha recibido el testimonio del fervoroso reconocimiento a su labor, tanto en su Gáldar natal, como en San Bartolomé, donde reside, y donde una calle, en la que se encuentra su casa y su molino, lleva su nombre. También Yaiza, que le nombró "hijo adoptivo" y Arrecife han homenajeado a don José María Gil.

Esta publicación pretende, modestamente, ser una aportación más en el reconocimiento que, como hombre y como gran valedor del folklore, merece José María Gil Santana.

GALDAR: 1887

En la calle de La Luna —actualmente rotulada "Maestros Batista"— vió su primera luz José María Gil Santana, el 8 de junio de 1887. Era el menor de los cinco hijos del matrimonio que formaron don Esteban Gil Cabrera y doña Julia Santana. En su Gáldar natal transcurrió la infancia y primeros años de juventud de José María, si bien ya a los nueve años había realizado su primer viaje a Lanzarote. A la sazón, en 1896, su hermano mayor, don Antonio, era coadjutor en Teguiise, donde el párroco, don Juan Melián García, también era de

ascendencia grancanaria. Hasta el verano de 1979 vivió una de las sobri-
nas de don Juan Melián, llamada doña Juana Jiménez (fallecida a los
99 años), y que era viuda de otra importante figura folklórica lanza-
roteña: don Juan Crisóstomo García, que, amén de obras teatrales en
las que intervino, legó poemas de "corrido", "desechas" y "pascua" al
Rancho de Teguisse, que, junto con el "salto", se interpretan durante
la Nochebuena en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de Guadalupe
de la real villa.

Recuerda José María Gil con emoción su infancia galdense:

*A los 6 años iba a la escuela y a los 8 hacía rosarios con alambre de
pescar y unas cuentas sacadas de la semilla de una planta llamada "mausé".
Los rosarios los vendía luego un hermano que tenía sacristán.*

Otros recuerdos de la infancia de José María Gil los ha expresado en
algunas narraciones, como una auténticamente deliciosa que reproducimos
en esta publicación, relativa a un viaje de Gáldar a Las Palmas en
la última década del pasado siglo; otra sobre "Rogativas y jubileos"; poemas
y diversos escritos, además de los que, espontáneamente, surgen en muchas
conversaciones.

Gáldar está en el corazón de José María Gil, y, de los presentes que se
le han hecho en diversos homenajes, guarda con especial apego un saquito
con tierra de su ciudad natal que la embajada galdense le entregó en ocasión
del acto celebrado en honor suyo en Arrecife. También en la sala de su casa
de San Bartolomé, donde se muestran fotos familiares, de la Agrupación
"Ajei", placas, medallas, cuadros, etc., se exhibe una foto de grandes pro-
porciones y realizada hace muchos años, de su Gáldar.

VARIOS OFICIOS Y OCUPACIONES

Próximo a cumplir 90 años, a comienzos de 1977, escribió José María
Gil una nota en la que resume las actividades que desarrolló en sus prime-
ros años y que concluye indicando:

*Como remendón, hay que confesarlo, he tenido diez oficios: esterero,
hojalatero, platero, fábrica de sifones, chófer y, ya en San Bartolomé, moli-
nero, ajustador, comerciante, practicante (amañado), sochantre y organista.*

Siendo aún niño entró como aprendiz en la tienda de don Antonio Sánchez y, posteriormente, a la de don Miguel Rodríguez Socas.

Un hecho vino a marcar profundamente la vida de José María Gil: quedó paralítico de cintura hacia abajo entre los 18 y los 20 años.

Pero no se mantuvo inactivo:

Leí mucho en esa época y cultivé la música, en la que me había iniciado desde pequeño. Ya a los 15 años entré en la Banda Municipal, que dirigió don José Martín y, más tarde, el maestro José Batista. También aprendí a hacer esteras y a poner fondos de sillas con pajilla. . .

El propósito de José María Gil era marchar a Lanzarote, con su hermano mayor, don Antonio, al que recuerda con devoción.

Con esa intención aprendí de hojalatero con Masito y posteriormente un poco de platero con su hermano Pepe, que era paralítico de todo el cuerpo, excepto los brazos. Era un hombre muy hábil en relojería y platería. También tocaba la bandurria y la guitarra.

Don Antonio Gil, que había sucedido como párroco a don Juan Melián García en Teguiise, pasó luego a ejercer su ministerio en Puerto Cabras (actualmente Puerto del Rosario) y en San Mateo, donde su memoria se perpetua en una calle, "Párroco Antonio Gil". En el cementerio de San Mateo reposan los restos de don Antonio Gil, gracias a que el Ayuntamiento de esa localidad donó el nicho.

Mi hermano daba cuanto tenía. Cuando murió sólo tenía 35 pesetas y unas perras gordas, que aún conservo. Sus modestas pertenencias, por las que sólo sacamos cuatro mil pesetas, fueron para una hermana nuestra que vivió conmigo en San Bartolomé hasta su fallecimiento.

-oOo-

A don Antonio Gil debió su hermano menor su definitivo asentamiento en Lanzarote. Primero en Teguiise, donde ya había estado a los 9 años de edad, puso un taller de platería. Y después en Arrecife. Corría el año 1910 y José María Gil se perfeccionó en el oficio de platero con don Rafael Márquez, que posteriormente marcharía a Las Palmas.

En Arrecife puse taller en la calle Real y más tarde me mudé a la calle Fajardo, frente a la Ferretería de don Rafael Ramírez.

José María Gil, que ya de niño había aprendido a tocar bandurria y guitarra y, cuando adolescente, perteneció a la banda de Música de Gáldar, se inició como violinista con don José Aldana en Teguiise, perfeccionándose después en Arrecife con el capitán don Juan Voltes, que casó en Lanzarote con una hija del doctor don Lorenzo Cabrera. Años más tarde la figura de don José María Gil, al frente de la "Ajei" y, como él dice, "rascando" el violín, se hizo inconfundible.

Otras actividades desempeñaría José María Gil en su juventud:

En 1913 compré máquinas para hacer sifones y gaseosas al anciano relojero don Jesús Alcaina, que me enseñó su uso. Pero no estuve mucho tiempo en el oficio, porque en diciembre del mismo año, a instancias del médico don Fermín Rodríguez Bethencourt, marché a Barcelona para aprender a conducir. Conseguí el carnet al cabo de un mes de estar en la Ciudad Condal, pero prolongué mi estancia porque quería aprender algo de mecánica de automóviles. Entré a trabajar en un taller que estaba en la calle Aribau desde las siete de la mañana a la una de la tarde. Después de almorzar acudía de tres a siete de la tarde a un taller de la calle Brosolí para aprender a dorar y platear por medio de galvanoplastia. También ingresé en una academia de dibujo artístico, pero tuve que dejarlo, porque llegaba rendido y me dormía.

Hasta junio de 1914 permaneció José María Gil en Barcelona. Un mes más tarde comenzaba la I Guerra Mundial. . .

-o0o-

De nuevo en Lanzarote, José María Gil estuvo como chófer de don Fermín Rodríguez durante seis años, alternando este oficio con el de platear.

En esa época continuó también José María Gil sus aficiones musicales y durante el tiempo que presidió la Sociedad Democracia organizó una ronda, con la que amenizaban los bailes.

Se hizo costumbre que al llegar las 12 de la noche los hombres invita-

ban a sus novias y familiares a pasar a otro salón para tomar una buena taza de chocolate y dos bizcochos, que costaban iseis perras! Después continuaba el baile con más ardor.

No falta la nota humorística en los recuerdos de don José María Gil:

Casi siempre quedaban en el salón algunas muchachas o mayores a las que nadie invitaba. Yo, como presidente, las invitaba a bailar y, al parecer, las poco afortunadas quedaban agradecidas.

SAN BARTOLOME

Fue el mismo don Fermín Rodríguez, el que le animó a marchar a Barcelona y con el que trabajó de chófer durante seis años en Arrecife, a quien debe don José María Gil otro paso importante en su vida.

Don Fermín poseía un molino a motor en San Bartolomé, que no marchaba bien. Yo me ofrecí a desplazarme un mes y traté de arreglarlo. Estuve nueve meses como socio industrial. Lo que ocurrió es que cada uno perdimos setecientas pesetas, lo que, en ese tiempo, en 1920, era una suma considerable.

Pero en San Bartolomé se instalaría definitivamente don José María Gil Santana, donde vive desde hace sesenta años, más de las dos terceras partes de su existencia. En San Bartolomé nacieron sus cinco hijos y allí, como anteriormente en Gáldar, Teguiise, Barcelona y Arrecife, desempeñó diversos oficios.

Además de un pequeño comercio y del molino, he sido cobrador de contribuciones y cédulas personales. Gratuitamente ejercí también como practicante y sochantre-organista. Lo menos que me gustaba era cantar en los entierros y si aguanté es porque no había otro.

Del humor a la ternura cuando don José María Gil recuerda a la que fue su compañera durante 54 años. Casó a los 32 años de edad. Su esposa tenía entonces sólo 19 y procedía de Guatiza. Se llamaba María Cejudo Ortiz.

Ella iluminó mi vida durante 54 años. Me dio cinco hijos, cinco tesoros. No tengo suficiente boca para alabar a Dios por tanto beneficio.

Don José María Gil aceptó con dolorida resignación el fallecimiento

de su esposa hace cinco años: el 13 de julio de 1975. Y se siente orgulloso de sus hijos: el mayor, Juan, es médico y ejerce en Arrecife. Le siguen Julia y Esteban, con los que vive en San Bartolomé; José María, que es ingeniero industrial y ejerce en Barcelona, y María Teresa. Sus tres hijos casados le han dado ya 12 nietos.

MISAS DE LA LUZ

El sentimiento religioso marcó, desde los comienzos de su vida, la personalidad de don José María Gil. Es bien apreciable la influencia que en él ejerció su hermano mayor, el sacerdote don Antonio. Y los recuerdos de su Gáldar natal, de la postración a que le obligó la parálisis que padeció entre los 18 y los 20 años, el ambiente recogido de la Real Villa de Teguiise, en que vivió, continuaron durante toda su existencia por muchas que fueran las influencias externas, las distintas profesiones que ejerció, así como sus relaciones sociales.

Entre los recuerdos más entrañables de José María Gil no puede extrañar que se encuentren los de las "misas de la luz".

Se salía de madrugada, rompiendo el alba. Sobre las cuatro de la mañana estábamos todos, pequeños y jóvenes, en pie, para participar en esas celebraciones, esas nueve "misas de la luz", previas a la Natividad, tradición que parece haberse perdido.

José María Gil se integraba en el "rancho" en esas nueve "misas de la luz" y tocaba el violín. Don José María se conmueve cuando recita un poema que —nos cuenta— oyó a un anciano en San Bartolomé, y al que acompañaban varios instrumentistas, entre ellos uno de sus hijos, Pedro, ya fallecido. Ese poema, "Viaje de la Sagrada Familia", lo recuerda íntegramente don José María Gil. Dice así:

Llegados los nueve meses
decretó el agosto César
que los padres de familia
a inscribir su nombre vengan.

Era José de Belén
y viendo que era por fuerza
el irse a inscribir allí
a su esposa le dió cuenta,
mostrando gran sentimiento
por estar el parto cerca.

Y la Virgen le responde:

—Esposo, no tengas pena.

—Os llevaré en mi compañía

—dijo José por respuesta—.

Yo lo que siento es ser pobre
y no tener conveniencia
para poderos llevar
con la debida decencia.

Dice la Virgen:

—Es mi hijo agradecido
y recibe por fineza
a quien le ofrece el corazón
si la voluntad es buena.

En fin, buscó un jumentillo.

En él acomodó a la Reina

y las cosas necesarias

que en una cajita lleva:

Las fajas para el infante

o lo que Dios dispusiera.

Don José María recuerda la exclamación del anciano que relataba el poema:

— ¡Oh, mi Dios, y quien los viera,
y los fuera acompañando!
¡Mi Dios, cuan dichoso fuera!

Sigue la narración en prosa:

Llegados a Belén, José y María se dirigieron a parientes y conocidos, buscando reposo para aquella noche, ya el sol trasponiendo las montañas. Recorrieron en vano varias casas. Todas estaban completamente llenas de los demás que iban a inscribir su nombre. Ya casi con las sombras de la noche, extendiéndose por toda la población, José no había encontrado un cobijo donde guarecerse aquella noche fría. Hasta que tuvo la suerte de que un pobre —porque tenía que haber sido un pobre de abierto corazón— le dejó quedarse y ampararse. Prueba de que era pobre es que no tenía sino un sólo buey, un ternerillo, atado al pesebre. Allí se amarró el burrito cansado y, con el aliento de aquellos nobles animales, al filo de la medianoche, nació el Niño, el Redentor, y calentaron con su tibio aliento el aterido cuerpecito.

Después de cada estrofa, el coro cantaba:

María de Gracia llena,
Reina del cielo y la tierra.

Don José María Gil tiene en especial estima este ingenuo poema y narración, que para él tienen indudable poder de evocación de una época ya pasada.

AJEI

Otros recuerdos de don José María Gil respecto a esos lejanos años los ha expresado en algunas narraciones —algunas las reproducimos al final— y fluyen en no pocas conversaciones. Su memoria es realmente asombrosa.

Pero nos interesaba, fundamentalmente, que rememorara los preceden-

tes de la "Ajei", la agrupación que se creó en San Bartolomé y de la que él fue su director artístico. Para un hombre que de pequeño había aprendido a tocar varios instrumentos y que ya tenía experiencia en bandas y rondallas, tenía que ser motivo de atracción cualquier manifestación musical, organizada o espontánea.

Así nos lo cuenta don José María Gil:

En El Jable se reunían los sábados pastores y jornaleros y se organizaban bailes, amenizados con timple y guitarras. Se bailaban folías, seguidillas, isas sueltas. . .

Y añade:

Las isas agarradas no se usaban tanto. Se empezaron a bailar agarradas después de que lo fueran las malagueñas.

Don José María Gil recuerda el importante papel que tuvieron en esas reuniones y en la génesis de la "Ajei" los componentes de la familia Corujo, destacados cultores folklóricos de San Bartolomé.

De esas reuniones nació la idea de formar una agrupación folklórica. Y la ocasión se presentó en una visita del entonces capitán general de Canarias, García Escámez, quien ofreció su colaboración para costear indumentaria e instrumentos.

En 1945 acudieron a un concurso folklórico en Tenerife y lograron el tercer premio. Posteriormente realizarían otras salidas en el Archipiélago, hasta que llegó la gran oportunidad: el Festival Internacional de Santander de 1960, en el que obtuvieron el primer puesto, y con ello el reconocimiento más amplio a unos cultores folklóricos singulares que, afortunadamente, han tenido buenos continuadores en Lanzarote.

Los "Ajei" contaban —nos recuerda don José María Gil— con los siguientes instrumentos: dos guitarras, un requinto, una bandola, una bandurria, un laúd y un violín —este último interpretado, precisamente, por don José María—.

Tras el premio en Santander para cuyo desplazamiento se contó con la colaboración del entonces gobernador civil Avendaño Porrúa, el delegado de Sindicatos, el extinto Juan Sarazá Ortiz, y del también extinto Ramón Mariño, de Educación y Descanso, la Agrupación "Ajei" registró, para el sello "Alhambra" tres sencillos, posteriormente refundidos en un "LP".

El primer volumen (SMGE-80528) contaba con "Eres más hermosa que todas las flores" (isa suelta coreada), con Pedro Martín y José María Gil, como solistas, y "sorondongo", cantado por José María Gil. Era la primera vez que se registraba ese aire que se había convertido en uno de los elementos folklóricos de Lanzarote, aunque fuera otra su procedencia, como veremos más adelante.

El segundo (SMGE-8053) contiene "isas", con solos de Pedro Martín y Juan Betancor, y "malagueñas", con intervenciones de Pedro Martín, María Teresa Gil (hija de don José María), Juan Betancor y María Dolores González.

El tercer "single" contó con "folías de Lanzarote", cantadas por Pedro Martín, María Teresa Gil, Juan Betancor y María Dolores González, y "seguidillas" en las voces de Pedro Martín y Juan Betancor.

En este tercer volumen (SMGE-80539) recogía este historial de la Agrupación "Ajei", que reproducimos:



La Agrupación "Ajei" en su primera salida de Lanzarote, el 1 de mayo de 1945. Obtuvo el tercer premio en el Concurso celebrado en la Plaza de Toros de Santa Cruz de Tenerife. José María Gil, en el centro, con el temple. Detrás el entonces Capitán General de Canarias, García Escámez.

“Desde el año de 1943 empezó a tomar forma con actuaciones en público por las fiestas patronales, Navidades, visitas a esta isla de personalidades ilustres, etc., etc.

En una de las visitas efectuadas por el nunca bien llorado general don Francisco García Escámez, le obsequiamos con la exhibición de nuestras danzas y cantos, lo que nos valió que nos regalara el importe de todos los trajes nuevos y además fuéramos invitados, con todos los gastos pagados, para tomar parte en un reñido concurso en Santa Cruz de Tenerife, en el que obtuvimos el tercer puesto.

En diversas ocasiones se desplazó esta misma agrupación a Las Palmas con motivo de la fiesta de San Pedro Mártir, El Pino y otros señalados acontecimientos. En junio de 1960 fue elegida, previa selección efectuada en el “Pueblo Canario” de Las Palmas, para representar a Canarias en el Certamen Internacional de Santander, que tuvo lugar a fines de julio y principios de agosto del mismo año de 1960. En reñida competición con las agrupaciones de Francia, Italia, Holanda, Portugal y siete más de diversas regiones de España, fue galardonada con el trofeo y el primer premio internacional.

A raíz del mencionado certamen, y con fecha 4 de septiembre, publicó el crítico de arte señor Fernández Cid, un artículo en la revista madrileña “Blanco y Negro”, titulado: “De la guitarra de Andrés Segovia al timple lanzaroteño”, en unión de varias fotografías del señor Segovia y de la Agrupación “Ajei”, tomadas en el mismo Santander; en el periódico “Ya”, de Madrid, publica el señor Ponce de León un artículo y fotografías dedicados a Lanzarote. Ambos acreditados periodistas dedican a la “Ajei” frases por demás elogiosas que nos llenan de orgullo y nos hacen olvidar los sacrificios y sinsabores sufridos.

Hemos llegado al convencimiento que el valor de nuestro conjunto radica en su “autenticidad” en cuanto a tipismo. Compuesto sólo por campesinos con voces broncas sin educar y pobres atavíos, manos callosas y toscos instrumentos musicales, maravilla que haya podido destacarse entre tan numerosos competidores en cuantas ocasiones se han presentado. Nosotros mismos somos los primeros asombrados”.

Aunque las condiciones en que se realizaron las grabaciones no eran, ni mucho menos, óptimas —don José María Gil nos indica que hicieron un viaje incómodo, almorzaron tarde y apresuradamente y el alojamiento distaba mucho de ser bueno— quedan como las únicas de esa agrupación que fue la primera en dar a conocer el folklore musical de Lanzarote.

Por lo que respecta a don José María Gil su voz quedó registrada como solista, no solamente en el "sorondongo" —ya hemos dicho que fue la primera vez que se grabó— sino también en la "isa suelta coreada", junto a la copla que interpretó Pedro Martín. Esa primera grabación de "sorondongo" la reproducimos en unión de otros "sorondongos" creados también por don José María. Si recordamos ahora su intervención en la "isa suelta coreada":

**"Eres más hermosa
que todas las flores
que hay en la pradera
en el mes de abril.
¡Qué lindos ojitos!
¡Qué bella boquita!,
en que yo pondría
de besos mil".**

Por diversas circunstancias la "Ajei" inicial se desmembró, aunque ha habido intentos por revivirla. Y eso que hubo un momento en que pudieron contar con local propio, gracias no solamente a los escasos fondos de la agrupación, sino al ofrecimiento del entonces presidente de la Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, don Federico Díaz Bertrana. Se adquirió la casa y ahora, pasados los años, está siendo objeto de obras de restauración, con el asesoramiento artístico de César Manrique, y por decidido empeño del que fuera alcalde de San Bartolomé y ahora lo es de Arrecife, don Antonio Cabrera.

Tengo muchas esperanzas —nos dijo don José María Gil— que todo llegue a feliz término y me parece muy acertado que además de abarcar la música, faceta que dirigirá un hombre preparado como es Domingo Corujo, se traten otros aspectos como la artesanía.

De los más significados componentes de la "Ajei" que dirigía José María Gil, debe tenerse en cuenta que dos de ellos continuaron su actividad en otras agrupaciones: Pedro Martín, voz y estilo singularísimos, perteneció a "Los Gofiones", de Las Palmas, en la primera época de esa agrupación, y dejó constancia de sus aptitudes en el primer "album" que registraron, cuando Totoyo Millares era su director. Pedro Martín había sido director musical de la "Ajei" y su aportación a "Los Gofiones" fue, desde luego, importante. También Juan Betancor, otro notable cantador que tuvo la agrupación de San Bartolomé, pasó en 1964 a "Los Campesinos", donde todavía, cuando sobrepasa los 70 años de edad, admiran por su voz bien timbrada y potente.

EL SORONDONGO

Don José María Gil Santana es el creador o recreador del "Sorondongo", pues gracias a él alcanzaría una dimensión y una proyección insospechada para quien no podía creer que un recuerdo juvenil iba a tener, con otras aportaciones, tanta resonancia. Nada sabe don José María Gil de similitudes o conexiones con danzas fálicas, sino que, para él, el origen es más sencillo. Por supuesto que en modo alguno rechaza tal interpretación o génesis. Más, su recuerdo juvenil no alcanzó a tanto.

Con un hermano mío y un mecánico peruano que trabajaba con Mr. Leacock, acudimos a una "última", fiesta que se celebraba antes del bautizo de una criatura, a una casa de la calle de la Arena, en Gáldar. Recuerdo que un viejecito nos enseñó una tonada, que se me grabó, probablemente porque era pegadiza y tenía cierta similitud con cantos de Navidad. También recuerdo que el anciano bailaba y hacía morisquetas delante de una muchacha. . .

Si esas morisquetas enmascaraban otras intenciones no lo tiene presente don José María Gil, quien, por otra parte, insiste en que debe cantarse correctamente el estribillo:

—El sorondongo, mondongo del fraile.
Que venga la niña, que entre y lo baile.

Y se queja de otras versiones:

Algunos dicen: "que salga la niña. . .". Pero, si sale, ¿cómo va a entrar?

Otra copla de las que recuerda, le enseñó el anciano al que vió danzar en la galdense calle de la Arena; dice:

**Esos dos pichones se están arrullando.
La paja para el nido la están ajuntando.**

Cuando don José María Gil llevaba largos años residiendo en Lanzarote, y en ocasión del primer desplazamiento que hizo la "Ajei" a Tenerife, José María Gil revivió el "sorondongo".

Actuábamos ante el capitán general García Escámez, que tanto nos había ayudado, y como quiera que se nos había acabado el repertorio tradicional, nos preguntaron si no teníamos algo más que interpretar. A mi se me ocurrió entonar el "sorondongo". La verdad es que ya lo cantábamos en la agrupación, pero sin darle importancia, a modo de distraernos. A los versos que yo recordaba de aquel anciano en Gáldar les añadí otros de diferente tema. Pues bien, cantamos el "sorondongo" y me sorprendió, nos sorprendió a todos, que tuviera tan extraordinaria acogida.

José María Gil llegó a crear varios "sorondongos" sobre temas diversos —el labrador, el campesino, los marineros, el hongo, los millones, los plati-llos volantes, el viaje a la luna— y otros varios sorondongos surgieron posteriormente de diferentes autores. Hoy el "sorondongo" figura en el repertorio de casi todos los grupos canarios que cultivan el folklore de las islas y, aunque sus raíces sean otras, como se ha expuesto, está considerado como uno de los aires característicos de Lanzarote; no en vano en dicha isla ha sido donde encontró principal acomodo; y desde donde ha irradiado a otras, con pujanza tal que no solamente lo interpretan grupos dedicados al folklore, sino también agrupaciones corales que han tratado de darle una proyección más ambiciosa. De todo ello hay constancia no solamente en las actuaciones de los grupos, sino en numerosas grabaciones discográficas, cuya relación sería muy extensa.

Que el recuerdo de una tonada, oída de joven y recreada al cabo de los años, haya prendido tanto es algo que, en un principio, no podía imaginarse don José María Gil. Pero así ocurrió por sorprendente que parezca. Y los

muchos años que lleva nuevamente en vigencia el "sorondongo" le dan, con creces, patente de aire firmemente enraizado con el pueblo, que sigue vivificándolo con continuas aportaciones.

UNA ASTILLA

Cuando niño, el Señor sacó una astilla de su cruz y me la clavó en la espalda. Esa astilla ha ido creciendo, pero le puso el abono necesario para darme fuerzas y llevarla y repartir alegría. Fue, en verdad, un tesoro para seguir y no lo cambio por lo mejor. Tengo la seguridad de que el Señor no me dejará solo cuando traspase la parte misteriosa de la otra vida.

Así se expresa don José María Gil sobre su malformación física (joroba), denotando no solamente un espíritu de resignación, sino también de aceptación plena de lo irremediable.

Pero también es don José María Gil un hombre de buen humor, que cultivó en muchas de sus expresiones, espontáneas o escritas, lo que él llama "sátira sin veneno". Es difícil sustraerse al atractivo de ese aspecto del carácter de don José María Gil, a esas demostraciones con las que contrarresta, de alguna manera, los golpes más duros que le ha dado la vida, las incomprendiones y las decepciones de quien no esperó recibirlas. Varias veces hemos sido testigos de esos "golpes" de don José María, bien sean de su propia cosecha o de los que asimiló de otros.

Gusta don José María Gil de recordar versos festivos. Alguno, si está muy sazonado de picante, lo cuenta tomando precauciones y advirtiendo, eso sí, que no lo reproduzcan. En otros, como los versos festivos que transcribimos, no pone inconveniente:

Tengo a mi padre doctor
—dijo Vicente Ventura—
mi hermano, el mayor, es cura
y yo soy enterrador.

Cuando el que viene hasta aquí
mi padre lo vé temprano,
enseguida viene mi hermano
y después me llaman a mi.

Quien ahorrar quiera dinero
si, enfermo, se viene a ver,
lo mejor que debe hacer
es llamarme a mi primero.

En enero del 79 acudimos con varios compañeros de TVEC al objeto de registrar un programa con don José María Gil para "El pueblo canta". Don José María compartió con nosotros el almuerzo en el Castillo de San José. Hombre de acendrada religiosidad, bendijo la mesa y rezó antes de comenzar a comer. Luego tuvo su expresión humorística:

"Jesús y comamos.
Y no vengan más
que los que estamos.
Y los que vinieren,
que coman. . .
de lo que trajeren".

Al parecer quedó don José María Gil satisfecho con el programa y nos pidió una copia. En la carta decía, entre otras cosas:

¡Ahí es nada! Salir en televisión ante tantos amigos que Dios me ha colmado, el poderles distraer y sonreír, aunque sea unos minutos, haciéndoles olvidar tantas preocupaciones que pesan sobre todos nosotros. Porque es que, yo también, a la vez sonrío y olvido, y gracias a eso estoy ya subido a este montón de años que, cuando miro hacia atrás, siento mareos de altura y la atracción natural de la tierra del reposo, donde el roncar no molesta al que yace al lado. . ."

En la misma carta, a fines de enero del 79, nos decía: "Y ahora me resta pedirle disculpas porque sin estar aún en Cuaresma le he encajado un sermón. Pero. . . es que yo, a pesar de tener un hijo médico, uso casi siempre remedios caseros y súplicas a lo Alto. De acuerdo con este modo de ser mío, aconsejo a mis amigos que usen tal o cual yerba, ungüento, cataplasmas, parches "poderosos", agua "saginada", etc. Y para el alma he probado yo en la mía: el "Padre Nuestro", despacio y meditado, para cuando estoy oprimido y en soledad".



Dos aspectos de la grabación que se efectuó para "El pueblo canta", de TVEC.



En otras cartas que hemos recibido de don José María Gil son frecuentes las expresiones de humor o de resignación.

Así, en otra ocasión nos describe de la siguiente guisa a un campesino amigo suyo:

El individuo es un tipo interesante y alegre. Su risa suena como cañas que estallan. Y como le falta toda la dentadura de un lado, se le ven las tripas cuando ríe. Este hombre, que sólo tiene el duro volcán, no percibe ningún seguro. Dice que hace tiempo intentó solicitarlo como agricultor y lo rechazaron. Así que, cuando habla de esto ríe con sarcasmo de la justicia social. Entonces estallan las cañas y arden. ¡Venga y compruébelo!

El buen humorista hace humor siempre de su misma persona. Y en la misma carta hace referencia a su propia imagen ante su molino: “... con el molino y ese tipo mío con sus envidiables curvas que, por honestidad, cubrí con la camisola y el pañuelo al cuello”.

Un dejo de amargura se advierte en don José María Gil cuando le malinterpretan. En cierta oportunidad en que se pidió la colaboración de algunas personas y, pese a prometerla, no la dieron, apostilló:

**“Bien me dijo un hombre sabio
al volver de aquella esquina
que andar con gente mezquina
era perder mi trabajo”.**

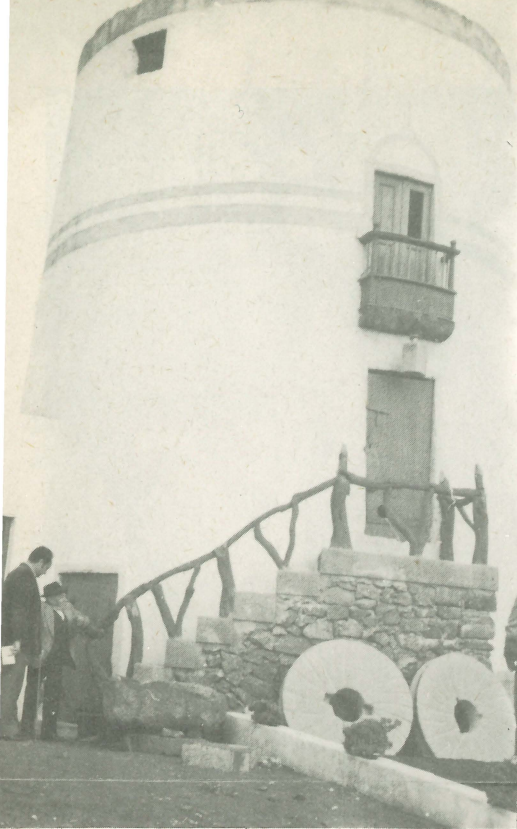
Pero enseguida busca disculpas para quienes no obraron con él correctamente y no deja de aconsejar que siempre hay que perdonar, tratar de comprender los errores de otros, aceptar las decepciones. . .

Cada conversación con don José María Gil es una lección de sana sabiduría popular, de comunicación entrañable, de vivificante mensaje. Mucho ha dado y mucho dará aún don José María Gil, el admirado folklorista y, sobre todo, el hombre cabal, que ha sabido vencer no pocas dificultades a lo largo de su dilatada vida, y que conserva, a sus 93 años, un espíritu joven que casa perfectamente con su serenidad de talante y hondura de sentimien-



Con el entonces Gobernador Civil de Las Palmas, don Antonio Avendaño Porrúa. (Foto cedida por doña Teresa Martín Arroyo).

tos. Por cuanto personas como don José María Gil merecen prolongar su necesario magisterio, quisiéramos que tardara mucho en cumplirse algo que nos escribió hace algún tiempo: *"Estoy notando que la batería está muy descargada y cualquier día pido me den remolque. . ."*



En el Castillo de San José, con los componentes del equipo de TVEC.



**Poemas
de José María Gil
a Gáldar**

POZO REDONDO DE "LA ARENILLA"

Hay un pozo en La Arenilla,
"pozo redondo" llamado,
en la roca socavado,
situado junto a la orilla.

Apenas el alba brilla
y sale el sol entre brumas,
van las olas, una a una,
rompiéndose en la ribera.

Las avecillas ligeras
juegan con la blanca espuma.
La princesa Guayarmina
viene al baño acompañada
de la anciana harimaguada
y Tenesoya su prima.

Cubren sus carnes divinas
con fina piel de cordero,
repujada con esmero,
y saltan a la mar gritando,
y con las olas jugando
cual pajarillos del cielo.

(Escrita en 1979 para una joven galdense llamada Guayarmina).

POEMA A GALDAR

Mi Gáldar querida.
Eres la bella ciudad del Norte.
Fuiste la cuna y la corte
de valientes guanartemes.

De bellísimas mujeres
ganada tienes la fama:
Aquella reina Andamana
y Tenesoya Vidina,
y la simpar Guayarmina,
de hermosura, capitana.

Respiras brisas del mar
que, inquieto, bate la orilla,
y por repetidas millas
se mide tu litoral.

Cuando el sol al despertar
despeja los negros velos,
en el azul de tu cielo
se refleja la montaña,
testigo mudo de hazañas,
gala y orgullo de un pueblo.

Cuando el marino cansado,
ansioso a tus playas llega,
el esplendor de tus velas
feliz contempla extasiado.

Del plátano codiciado
manda sus naves cargar,
para de nuevo zarpar
con este rico tesoro,
amarillo como el oro,
regalo del paladar.

**Sorondongos
de
José María Gil**

SORONDONGO DEL VIAJE A LA LUNA

CORO

El sorondongo, mondongo del fraile,
que venga esa niña, que entre y lo baile.

SOLOS

El sorondongo es un baile bonito:
lo bailan los pobres, lo bailan los ricos.

-o0o-

Con el sorondongo te canto mi amor.
Te llevo enroscao en mi corazón.

-o0o-

Si tú me quisieras yo me casaría,
que p'a mantenerte yo trabajaría.

-o0o-

Si nos casamos ya tengo pensao
para la Luna salir disparao.

-o0o-

Nos dan el pasaje y encima dinero
y dos coronas por ser los primeros.

-o0o-

De nuestra familia nos despediremos,
pues me parece que no volveremos.

-o0o-

Allí pasaremos la luna de miel,
en nuestra casita hecha de papel.

-o0o-

Felices seremos lejos de la Tierra.
Allí viviremos sin miedo a la guerra.

-o0o-

Los cuatro cuartos que tiene la Luna
los cambio en pesetas y hago una fortuna.

-o0o-

Con tanto "spuniqué" que mandan p'al aire
quemar el dinero y aumentan el hambre.

-o0o-

Con tanta bomba que se está inventando,
nuestra propia fosa la estamos cavando.

-o0o-

Pongan gran cuidado que va a terminar
el sorondongo con este cantar.

(Registrado, por la Agrupación "Ajei", para "Alhambra").

SORONDONGO DEL HONGO (Años 35-40)

CORO

El sorondongo, mondongo del fraile,
que venga la niña, que entre y lo baile.

SOLOS

El sorondongo ya tiene familia.
Y se llama hongo esta maravilla.

-o0o-

Lo ví en una guagua, viviendo montado,
metido en el agua, en un frasco tapado.

-o0o-

Con té y azúcar se alimenta el bicho.
No son paparruchas, así me lo han dicho.

-o0o-

Cuando pasa el tiempo —no sé cuántos días—
llegado el momento, va y suelta una cría.

-o0o-

Boticas y médicos se van toos p'al fondo
en cuanto tengamos cada uno su hongo.

-o0o-

Todo mal se cura con este remedio,
a no ser que una guagua nos quite de enmedio.

-o0o-

Parece una pota metida en un mojo. . .

A mi me da ascua y cierro los ojos.

-o0o-

Y cierro los ojos p'a beberme el agua
pos se me reguelguen hasta las entrañas.

-o0o-

Más. . . si tu me quieres, con cariño hondo,
yo me bebo el agua. . . y me como el hongo.

-o0o-

Más. . . si no me quieres, como yo te quiero. . .
yo no me lo trago; yo no me lo bebo.

-o0o-

Y ya se termina el cuento del hongo.

Y también se acaba el sorondongo.

El hongo parece fue traído de la Argentina por los años 30 ó 35. Se extendió por toda la isla de tal forma que no venía suficiente té de la China ni azúcar de Cuba para tanto hongo. Se tenía más fé en sus efectos curativos que en toda la ciencia médica. Los pocos médicos de la isla perdían kilos y abrían más agujeros al cinto por falta de clientes. Con el hongo, los santiguados y el curandero de Tao, sobraba salud.

SORONDONGO DE LOS MILLONES (Años 50-52)

CORO

El sorondongo, mondongo del fraile.
Que venga Pons Cano, que entre y lo baile.

SOLOS

El sorondongo de los millones
qué pronto tendremos el oro a montones.

-o0o-

En Lanzarote seremos ricos
hurgando en la arena, con palas y picos.

-o0o-

Porque en Lanzarote hay oro y uranio
en el Islote, que llaman de Hilario.

-o0o-

¡Quién le diría al pobre Hilario
que llegaría a millonario!

-o0o-

Y con el fuego que hay en la montaña
tendremos la luz, tendremos el agua.

-o0o-

Y esto es muy cierto, lo dijo Pons Cano,
que unos dicen que es loco y otros que es sabio.

-o0o-

Pensaba marcharme para Venezuela. . .
Cuando supe ésto, ¡que vaya el que quiera!

¡Cuán grande es el poder de la imaginación, del sabio, del loco y del poeta! En Lanzarote vivimos una temporada, sugestionados por las palabras del señor Pons Cano, con la idea de que Lanzarote llegaría a ser el país más rico del mundo, explotando la cantidad enorme de uranio, radio y oro que contienen sus arenas volcánicas y, además, el poderoso calor existente en las Montañas del Fuego para la obtención de electricidad y agua a poco precio.

Si, por ventura, los alemanes hubieran vencido en la última Guerra Mundial, fueran hoy considerados como héroes, a pesar de las atrocidades que cometieron y no se hubieran sometido como criminales a los Tribunales de Nurenberg. . . Perdieron. . . , los héroes son los vencedores. . . que tampoco hubieran sido mancos. . . Hiroshima. . . , Siberia. . . , Rudolf Hess. Pons Cano fracasó. Nadie lo nombra. Pero él abrió el camino de las ideas que, como flores, han ido brotando en toda la isla. . . La atracción de las Montañas del Fuego, transformación del agua del mar, las incomparables playas. . . ¡Y tantas cosas más!



El Presidente del Casino de Gáldar en el momento de nombrar a don José María Gil Socio de Honor.
(Foto: Rivero).

SORONDONGO DE LOS "PLATILLOS VOLANTES"

(Improvisado y cantado por primera vez en la Plaza de Santo Domingo, con motivo de un concurso de agrupaciones el 29 de abril de 1950, en Las Palmas).

CORO

**El sorondongo, mondongo del fraile,
que venga la niña, que entre y lo baile.**

SOLOS

**Los "platillos volantes", de que tanto se ha hablado,
a todos nos traen preocupados.**

-o0o-

**Desde hace años se viene hablando
de objetos extraños que andan volando.**

-o0o-

**Hay quien nos cuenta que ha visto platos
donde entran y salen los "monifatos".**

-o0o-

**Hay que ver las cosas que dice la Prensa
y las "macanas" que allí nos cuentan.**

-o0o-

**Viviendo estamos de novedades
y nos tragamos barbaridades.**

-o0o-

**Yo he visto platos y las estrellas
al caer borracho sobre unas piedras.**

-o0o-

Lo de comer se ha puesto tan caro
que hasta las nubes el plato ha volado.

-o0o-

Pesaba la cuenta de sesenta kilos.
Hoy peso cuarenta. . . y estoy como un hilo.

-o0o-

Todo el mundo dice: ¡Qué caro está todo!
Y que es imposible vivir de este modo.

-o0o-

Nos dan esperanzas y así vamos viviendo,
y poquito a poco nos vamos muriendo.

-o0o-

Más, si me quieres, tendremos el plato
que yo hasta las nubes subiré a buscarlo.

-o0o-

El sorondongo ya se termina
que veo varios platos en la cocina.

SORONDONGO DEL CAMPESINO

CORO

El sorondongo del campesino,
puños de gofio y tragos de vino.

SOLOS

Con el sorondongo te canto mi amor
que llevo enroscao en mi corazón.

-o0o-

Las tierras de medias son un mal negocio.
Se rompe uno el cuero y no saca p'al gofio.

-o0o-

Detrás del camello, too el santo día
agarrado al rabo y poca comida.

-o0o-

Vendí mis tres cabras, vendí la camella.
Sin paja ni agua, ipara Venezuela!

-o0o-

Tengo mi novia, que es muy buena chica,
trabajadora y muy bonita.

-o0o-

Por la mañana agarra la escoba,
barre la casa y mata las moscas.

-o0o-

La oigo cantando todos los días
el sorondongo y las folías.

-o0o-

Ella me dice: ¿Nos casaremos?

Y yo le digo: ¡Ya lo veremos!

-oOo-

Yo quiero casarme y no tengo dinero.

Pa' pasar hambre. . . ¡me quedo soltero!

-oOo-

El sorondongo se va a terminar

que estoy molestando con tanto cantar.

SORONDONGO DE LOS MARINEROS

CORO

**El sorondongo de los marineros,
que se baila a bordo, al son de un caldero.**

SOLO

**Yo soy de la tierra y soy de la mar.
Si veo que no llueve me voy a pescar.**

Igual que mi padre, igual que mi abuelo,
desde que era un muchacho, yo soy marinero.

-o0o-

Los mejores pesqueros ya me los sé:
Bocajarra y Cabiñas, Las Mesas y El Parchel.

-o0o-

La Bombarda y Gurrey, El Corral y El Ciprés,
Morro de Ancla y La Güera, El Río y Port Etienne.

-o0o-

Si quieres casarte con un marinero,
puedes prepararte porque yo te quiero.

-o0o-

Que no soy bonito, eso bien lo veo,
pero tú has vistos otros más feos.

-o0o-

El "Calaportal" te lo mando p'arriba
pa' que lo repartas entre la familia.

-o0o-

También pienso mandarte los nortes y espinas
pa' que los repartas entre las vecinas.

-o0o-

Habla con tu madre a ver si me admite
y para la fiesta casarnos permite.

-o0o-

Si la negativa me das por respuesta
me vuelvo a la costa y no espero a la fiesta.

-o0o-

El sorondongo se va a terminar
sorongo, sorongo, con este cantar.

**Narraciones
de
José María Gil**

Aunque diversos artículos y narraciones de José María Gil los ha publicado la prensa de Las Palmas, creemos de interés reproducir algunos, tanto por cuanto sus descripciones aportan datos costumbristas de notable riqueza descriptiva sobre ambientes, modos y personajes pretéritos, como por mostrar el estilo narrativo y la "vena" humorística del veterano cultor folklórico.

DE GRAN CANARIA

VIAJE DESDE LA VILLA DE GALDAR A LAS PALMAS EN LOS AÑOS 1895-1900

De mis recuerdos de niño, que dedico con cariño a mi pueblo al cumplir los 90 años de edad.

Cuando niño hice varios viajes desde Gáldar a Las Palmas, llevado por mi santa madre, la cual, con incansable afán, buscaba la curación de mi desviada columna vertebral.

Los recuerdos y anécdotas de aquel remoto acaecer los llevo grabados en mi memoria como si acabaran de suceder o como si estuvieran sucediendo. Cierro los ojos estando en soledad y desfilan ante mí, como en una cinta cinematográfica, los paisajes con sus variados colores. . . , los sonidos producidos por el canto de los pajarillos. . . , el correr del agua por las acequias. . . , el viento al mover los árboles. . . Oigo y veo a las personas con su metal de voz y los colores de sus atavíos. . .

Amigo mío: Si a Vd. le place, le invito a hacer un viaje mañana, desde

mi pueblo natal, Gáldar, hasta Las Palmas. Con un tostón (1,25 ptas.) cada uno, pagaremos el pasaje de este viaje imaginario en los años de 1895 a 1900.

Hemos de dejar la cama desde las cuatro de la mañana, tomar una taza de chocolate de La Palma calentito y un trozo de pan (de ayer) de Carmita "La Fiscala" y, seguidamente, dirigirnos a la cochera situada en la calle de Los Guayres, subiendo a mano izquierda, perteneciente a los honrados e industriosos hijos del octogenario Sr. Ignacio Valentín, llamados Juan, el mayor, y Juan Daniel, el otro. Son conocidos en el pueblo por "Los Valentines". Junto a la cochera hallaremos un enorme cajón con cuatro ruedas y, enganchados a él, cinco caballos y mulos. Los dos delanteros llevan enormes colleras bordeadas de grandes cascabeles.

Las cinco de la mañana. El enorme cajón se ha ido llenando de hombres, mujeres y niños, hasta unos 10 ó 12, sentados unos enfrente de los otros. Subamos nosotros al pescante junto al conductor. Hará un poco de frío, pero lo compensaremos con la clara visión del paisaje. "¡Vámonos!", grita el conductor al tiempo que restalla con singular maestría, como un sonoro cohete en el aire, el látigo, no tocando a los nobles animales. Sabe que la jornada es larga y dura, y, además, que con sólo restallarlo en el aire, ellos se emplean a fondo y mañana, pasado y todos los días han de hacer la misma faena, los caballos y el conductor. Todos los caballos tienen, cada uno, su nombre de pesebre y no de pila como nosotros. Los inteligentes animales se complacen en que se les llame por su nombre particular y obedecen al ser llamados por el cochero. "¡Sube, Fabelo!", grita a uno. "¡Vamos, Florido!", grita al otro. . . "¡Espabílate, Paquito!", "¡Sacúdete, Juanito!", "¡Arrímate al centro, Ruano!". . . , "¡No te duermas, Luisito!". . .

Al ruido de "¡Vámonos!" y al restallido del largo látigo arrancan los caballos produciendo un enorme ruido en la empedrada calle. Los dos caballos delanteros, al compás de su trote, suenan los cascabeles alegrando las calles de la villa de Gáldar (aún no era ciudad), recordando a los vecinos madrugadores, que son horas de levantarse para comenzar las faenas del nuevo día. Las cinco en el gran reloj de la iglesia. Una corta parada al final de la Calle Larga, hoy Capitán Quesada, para recoger algún pasajero más y. . . , a enfocar la carretera que, bordeada de eucaliptus y laureles de India, conduce a Guía.

¡Qué olor tan agradable el del húmedo amanecer! Entre todos, es más intenso el de los eucaliptus situados a un lado y otro. . . Las ranas que viven en los estanques de la vega de Gáldar cantan, como monjes en vigilia, el único salmo que saben: "roque-roque-roque", formando un extraño concierto matinal, acompañado por los sonoros cascabeles y las veinte patas de los cinco caballos que golpean la carretera como si fuera el parche de un tambor.

Llegamos a Guía, y tras otra ligera parada para subir algún pasajero más, y. . . "¡Vámonos!", grita el conductor, al tiempo que restalla, como un sonoro cohete, el látigo. Vamos llegando a Llano Alegre, alegre a la ida, alegre a la vuelta, y siempre alegre. Los dos caballos delanteros, portadores de los sonoros cascabeles, los sacuden contagiados de la alegría del llano, el que les proporciona un alivio después. A veces vuelan palomas delante de nosotros, como brindándonos un saludo de paz.

Empieza a alborear el día. . . Al asomarnos al borde de la Cuesta de Silva, el sol, con su rojo disco aplastado, comienza a dejar su lecho de mar y sus sábanas de ligeras nubes. Su luz, que aún no hiere la vista, ilumina el maravilloso panorama norteño batido por la salobre espuma del mar: San Felipe. . . , San Andrés. . . , El Pagador. . . , Los Bañaderos. . . Dice un viejo cantar:

**"San Andrés queda en la costa,
San Felipe más acá,
San Juan en La Montañeta
y, en Guía, San Sebastián."**

Comienza la endiablada bajada de la Cuesta de Silva. Llegaremos al Hormiguero y allí, en una venta colgada a enorme altura sobre un barranco, nos tomaremos los hombres un "tanganazo" de ron "del Ancla" o "de la Cadena", y las mujeres, que, como gallinas por la noche, vienen agazajadas unas contra las otras, bajará, alguna que otra, a tomarse una copita de "Mallorca" (anisado).

A cosa de las ocho llegaremos a Bañaderos, donde, a la entrada, tienen los Valentines una amplia cuadra, para, con caballos de fresco, cambiar el

tiro, casi agotado de cansancio. Mientras hacen el cambio, nosotros echaremos pié a tierra y contemplaremos el sonoro batir de las olas en los peñascales, saturando el aire con los saludables aromas marinos. Acomodados nuevamente en el pescante del coche, atravesaremos la calle principal de Los Bañaderos. Los caballos del renovado tiro atacan con brío la pesada cuesta de Arucas, bordeada, a derecha e izquierda, por extensas plantaciones de caña de azúcar y tunerales para la cochinilla, igual que en las zonas de Guía, Gáldar y Agaete. Para la fabricación del azúcar existen numerosas fábricas en todos los pueblos. En Arucas funcionó muchos años las llamadas de San Pedro y la del Rosario.

Después de la larga y fatigosa cuesta, llegamos a la Plaza de Arucas, frente a la recova. Allí reponen fuerzas durante media hora los cansados caballos. Los pasajeros bajan para "estirar los remos" y entrar a comprar peras, ciruelas, uvas negras, guayabos, manzanas, higos, albaricoques, duraznos. . . , a elegir, y pan calentito para confeccionar un succulento bocadillo. El conductor también se provee de un pan grande y un tajón de queso. Ambas cosas las sujeta con la mano izquierda y, con la derecha, las bridas. El látigo, a su lado, lo sujeta bajo un muslo, y, ya en marcha, va dando furiosas mordidas al pan y más compasivas al queso, para no morderse los dedos con el vaivén del coche.

Tengo grabada indeleblemente la estampa de uno de los cocheros de cuando niño. Era un hombre algo alto, con un gran bigote en punta, pelo rubio, cara afeitada y ojos de un gris azulado. Un hombre bien parecido. Su nombre y apellidos, muy conocidos. No lo recuerdo como a Juan Daniel y al hermano Juan Valentín, a José Antonio y a Juan Rafael, hijo de Juan Daniel, y. . . Pancho Alonso, hombre ya maduro. Discúlpenme este paréntesis, que surgió ahora en mi memoria por causa del queso que ví comer a aquel cochero, con hambre y envidia de niño pobre.

Enfilamos la salida de Arucas para tomar la carretera con dirección a Las Palmas. A nuestra derecha, al final de la calle, dejamos el cementerio con altos cipreses, que con su adusto semblante, nos recuerda que allí yacen hermanos nuestros. . . Aún no se había comenzado el maravilloso templo gótico. "Taca, taca, taca", subiendo y bajando cuestas. Restallidos del látigo en el aire, animadas conversaciones dentro del coche, algunas veces amenazadas por algún viejo que cuenta cuentos de brujas, de tempes-

*tades en la mar, de crímenes, de amores afortunados y otros desdichados. . .
Aquel crimen cantado por los ciegos que decía:*

**"El crimen horrendo y feo
de Jerónimo Toledo:
Mató a cuatro criaturas,
como si fuera un deleite.
Sucedió en Tamaraceite,
lindando con La Herradura".**

Sólo recuerdo esto y lo que sigue:

**"Al pasar la cantonera
de San José por la entrada
vi la sangre derramada
de don Domingo Cabrera. . ."**

¡Oh, poderoso don de Dios, la memoria! ¿En qué parte del cerebro guardas los olvidados recuerdos, que creemos muertos, y vuelven a la vida removidos sin saber por qué causa?

Como me voy haciendo pesado con esta larga narración, omitiré varios detalles sobre el trayecto, como el largo túnel, los grandes albercones con muros de barro, etc.

Llegamos a Tamaraceite y bajaremos nuevamente para tomar por dos cuartos (seis céntimos de peseta) un enorme bizcocho en la única tienda que los vendía, célebres por su exquisitez e inimitable elaboración. Por un cuarto nos darán un buen vaso de vino dulce del Monte, que calentará nuestro cuerpo, junto con el sol que ya empieza a acariciarnos con cierto ardor. . .

Por fin, Las Rehoyas, el puente de Mata, el Castillo, las "Cuevas del Provecho", así como las vergüenzas mal cubiertas de la población, el "Camino Nuevo" (hoy Bravo Murillo), con la alegre perspectiva del mar y del viejo muelle. . . y, parada final a la izquierda de dicha calle, quedando a la

derecha la Capitanía, junto a cuya verja hay varios puestos vendiendo piñas asadas y sabrosas castañas calentitas. Por un cuarto te darán una olorosa piña asada o una docena de castañas. Junto al coche se arremolinan varios pobres lisiados que piden una limosna de medio cuarto y nos bendicen a nuestras madres. . .

**"Un centimito dí a un pobre
y me bendijo a mi madre.
¡Qué limosna tan pequeña!
¡Qué recompensa tan grande!**

También suele acudir diariamente a la llegada de los coches del Norte "La Patanga", así llamada una mujerota varonil que, con machacona insistencia, invita a los pasajeros con un plato de potaje, pescado frito, carne en adobo, huevos fritos, etc., y pan de San Mateo. Insiste tanto, que sólo falta llevarlo a uno a empujones a su casa, situada en la callejuela que baja por el lateral derecho de la iglesia de San Telmo, con dirección al varadero, donde se construyen y carenan diversos buques de vela.

De "La Patanga" y un tal Orihuela hay una anécdota que a mi me hace sonreír siempre que la recuerdo, puesto que conocí a Orihuela, que era de Gáldar, pero no le cansaré hoy su atención que ya lo está con tantas divagaciones en este viaje. . .

Si a Vd. le interesan cosas acaecidas hace 80 ó 90 años y nos encontramos otro día le contaré lo de Orihuela y "La Patanga".

(Dedicado a mi Gáldar natal, con motivo del segundo siglo de su iglesia.

San Bartolomé de Lanzarote, 25 - 7 - 78).

ORIHUELA

Orihuela marchó a Cuba, siendo joven. Allí pasó diez o quince años, empleados en trabajar poco, beber mucho ron y café, y cantar, acompañándose con la guitarra, guajiras, sambas y zapateados, fueran de la Vuelta Arriba o de la Vuelta Abajo. Animado por otros compañeros para regresar a Gáldar, su pueblo natal, reunió unas pocas pesetas y así llegó a su pueblo, con su sombrero de jipijapa, una hermosa guitarra debajo del brazo, ya que en la maleta no le cabía.

De tanto ron y café y tanto cantar en guateques y velatorios se le tomó la voz, y ésta salía por la garganta como si atravesara por un barranco de piedras menudas. Sin embargo, resultaba agradable oírle cantar sus guajiras y puntos cubanos, pues lo hacía con mucha gracia y bien entonado.

En una casa de dos plantas, que daba a tres calles, llamada de "Las Betancoras", cuyo frontis tenía la misma dirección que el de la iglesia parroquial, existía, en la época a que me refiero, un comercio de ultramarinos, perteneciente a Miguelito Rodríguez. Allí estuvo el que esto escribe de dependiente dos años (de 1903 a 1905), a la edad de 16 años. En dicho comercio había un amplio salón lateral, con varias mesas para el juego de envite, napolitanas y brisca. Orihuela fue un asiduo cliente, continuando siempre con su cariñosa devoción a la botella del ron y al canto de las décimas cubanas.

En aquella lejana época estaba muy en boga el dar bromas pesadas y livianas, que se decían "dar clavos". Cuando éstos se daban con ingenio y gracia eran celebrados en todo el pueblo. Con Orihuela sucedió lo siguiente:

Unos amigos de Orihuela prepararon una botella de ron con buena cantidad de azúcar morena en el fondo antes que llegara éste a jugar la acostumbrada partida de envite. Cuando llegó Orihuela le dijo Miguel Domínguez, que era carpintero:

—Orihuela, ve dándole movimiento a la botella ésta de barniz hasta que se disuelva bien la goma laca y la trementina, mientras nosotros terminamos esta partida de envite que estamos jugando.

En efecto; Orihuela, mientras miraba las incidencias de la partida, sacudía la botella como si fuera unas maracas hasta la terminación del juego, en que Miguel Domínguez recogió la botella y la llevó a otro local inte-

rior. En un momento en que Orihuela estaba distraído, mirando en otra mesa una partida de napolitana, se pasaron al local interior los organizadores de la broma y allí, en medio de algazara y risas, se bebieron la botella de ron y azúcar. Luego me entregaron la vacía y me dijeron:

—Llévale esta botella a Orihuela y le dices que prepare otra botella de barniz porque ésta ya la bebimos.

No habrá que ponderar el berrinche que tomó. Sin tener con quien desahogar el coraje, se tomó un "quince" de ron "del Ancla" y se marchó para su casa, rumiando, como una cabra la yerba, ideas vengativas.

Pasaron quince o veinte días sin que Orihuela volviese a aparecer por la plaza a pasar el rato con sus amigotes, y una noche oscura entró él con cara de mucho disgusto, preguntando:

—¿Tendrán por ahí un farol que voy a buscar la cartera que se me perdió de mi casa a aquí?

Se le procuró un farol de los que llevan una vela de esperma y todos los amigos se ofrecieron a acompañarle en la búsqueda. Orihuela vivía a casi un kilómetro del pueblo y se anduvo registrando todas las calles, juntamente con ellos, los que, de verdad, sentían la pérdida sufrida por su camarada.

Cuando ya llegaban cerca de la casa de Orihuela le ocurre a uno preguntarle:

—Y. . . ¿qué tenía la cartera?

—Pues. . . , toma el farol. Tenía. . . un colchón, dos almohadas y un catre de tijera. . .

Y salió corriendo para su casa y trancó la puerta en evitación de que le pegaran una tunda de palos.

No hay que decir lo mohinos y cabreados que regresaron al pueblo los amigos de Orihuela, mascullando palabras e imaginando diversas formas de venganza.

Por el trabajo que he tenido en escribir esta anécdota, sacarla del fondo de mis lejanos recuerdos y sacudirle el polvo y las telarañas, isiquiera sonrían, por favor!

San Bartolomé de Lanzarote, 8 de junio de 1971.
Al cumplir mis floridas 84 primaveras.

ORIHUELA Y "LA PETANGA"

Amigo y compañero de aquel viaje imaginario que hicimos juntos desde Gáldar a Las Palmas. . . , un viaje similar a los que se hacían hace 75 ú 80 años. Para ello tuvimos que trasladar nuestro pensamiento e imaginación a través del grueso espesor del tiempo.

Por el naciente de la ermita de San Telmo bajaba una estrecha calle, algo pendiente, sin empedrar, que en invierno más parecía un barranco. Dicha calle conducía a la playa de San Telmo, donde se construían y carenaban barcos de regular tamaño. También servía de varadero a numerosos botes y barquillos de pesca.

Estos, con su sombra y la blanca arena de la playa, hacen amenas las siestas y amanecidas de gente de mar y tierra.

Mirando al mar, a la derecha de la calle, aparecía ésta ocupada por modestas casas terreras. En una de ellas vivía La Petanga, una mujerota con arrestos y puños varoniles y su miajita de bigote, con voz de rocote con romadizo. Esta mujer acudía todos los días al Camino Nuevo a la llegada de los coches que iban llegando desde Agaete, Gáldar, Guía, Arucas. . . , allí con machacona insistencia invitaba a los pasajeros para que fuesen a su casa a comer un buen plato de potaje canario, sabroso pescado frito calentito, carne en adobo, huevos fritos y en tortilla, arroz con leche, etc. . . y café.

Hoy quiero contarle, amigo, lo de Orihuela y La Petanga.

Un día hizo el viaje un vecino de Gáldar, Pepe Orihuela, un peje con escamas más duras que un mero viejo, que pasó en Cuba más de 20 años trabajando (?). . . , pero poco, bebiendo ron y café no más, tocando y cantando guajiras, zapateados, sambas. . . Un buen día en el que le entró la soledad por su tierra natal, reunió apuradamente el pasaje y, junto con otros isleños, se embarcó abandonando la Perla de las Antillas. Trajo los bolsillos vacíos y los cascotes llenos de décimas y puntos cubanos, amén de una buena guitarra que, hecha en Caibarén, le prestó un amigo, el cual quedó allá cantando aquel tango argentino que poco más o menos decía: "Se la llevó, ¿qué haré yo sin ella? !Fume compadre!"

Por tanto ron, tanto trasnochar y tanto cantar, se le tomó la voz, y al salir ésta por la garganta se oía como si atravesara por un barranco de piedras menudas. Con su cara de quince días sin afeitarse, su nariz roja, la boca

medio desguarnecida de dientes, cubierta ruborosamente por el caído bigote, presentaba un aspecto de un completo imbécil, siendo el sorrocloco más ladino. . . Haciéndose el muerto, disfrutaba con que lo llevaran a cuestras y encima les daba espuelas con los talones.

Pues, a este Orihuela le atracó el bote "La Petanga" al bajarse del coche junto a Capitanía.

—Venga usted a comer a mi casa —dijo— que tengo un buen plato de potaje de verduras canario, carne de cochino en adobo, pescadito fresco acabado de freir, huevos fritos y. . . pan de San Mateo. ¡Venga! ¡Venga!

No faltaba más que tirarle de un brazo. Echó ella delante y Orihuela pausadamente detrás hasta la casa. Allí le sirvió un par de huevos fritos (en tiempos pasados el que podía comer huevos se comía siempre un par, no uno solo, como hacemos hoy, quizás por tacañería). Cuando terminó con el par de huevos, la mujerota le espetó:

—¿Quiere un par de besuguitos fritos?

— ¡Bueno! —contestó Orihuela—.

—¿Y ahora un platito de carne en adobo?

— ¡Bueno!

—¿Y una tacita de café de caracolillo de Agaete?

— ¡Bueno!

Contadas veces en su vida hizo Orihuela una panzada igual. Después de la olorosa taza de café, sacó la cachimba, la llenó bien, la encendió y después de dar un par de chupadas, se puso en pie y dirigiéndose a "La Petanga", que estaba limpiando la mesa, le dijo:

—Señora, si algún día se le ofrece a usted ir a Gáldar, pregunte por el indiano de Anzo. En mi casa, como pobres, le atenderemos mi mujer, mis hijos, mi suegra y yo lo mejor que podamos. Esto que ha hecho usted conmigo de darme de comer sin conocerme no lo olvidaré nunca. E inició la salida para la calle.

— ¡Ah! —gritó "La Petanga"—, pero. . . ¿se marcha usted sin pagarme?

—Pero. . . ¿qué dice usted, señora? Me ha convidado a venir a su casa, que no faltó sino que descosiera la chaqueta tirando por mi, y ahora me

quiere cobrar. Además, yo no tengo sino un tostón del pasaje para volver a Gáldar y una fusca para comprar un pan y unos plátanos. . .

Y salió con dirección a la parada de coches. "La Petanga" daba gritos como si la desollaran viva.

— ¡Ahora mismo llamo a un municipal y, o me paga, o duerme esta noche en el cuarto de los ratones.

Gritando y manoteando, empujando a Orihuela de costado, se dirigió al Camino Nuevo en busca de un guardia que siempre solía haber por allí. Aquél estaba viendo una interesante partida de envite entre seis en las trastiendas enfrente del jardín de la Capitanía, que hacía esquina con la calle que hoy llamamos de León y Castillo.

— ¡Manolito!, ¡Manolito! Venga aquí deprisa —le gritó desde la puerta, arrimándose a Orihuela para que no se le escapara—.

Como si se le desgarraran las entrañas del alma, por estar la partida once a once y chico a chico, acudió el Aforado Manolito, que así era conocido, a los berridos de "La Petanga", encendido como un fósforo, y a la que gritó:

—Siempre vienes a buena hora. ¿Qué coño quieres hoy?

—Mire, Manolito; este mauro de Gardas, con cara de peje perro, ha comido y ha bebido en mi casa de todo y ahora no me paga. Si usted no se lo lleva ahora mismo y lo mete en el cuarto de los ratones le hago vomitar toda la comida a fuerza de puñetazos en la boca del estómago.

—Mire, don Guardia —dijo Orihuela—, yo vine hoy de Gáldar con idea de buscar trabajo y no tenía más dinero que el medio duro para el pasaje de ida y vuelta y una fusca para comprar en la recoba un pan y una libra de higos. Al bajarme del coche, esta señora me invitó varias veces a que fuera a comer a su casa, sólo faltaba que me descosiera la chaqueta de tanto tirar por la manga. Yo, al ver tan buena voluntad, fui y comí de todo, como que estaba levantado desde las 3 de la madrugada sólo con una jícara de chocolate de La Palma y un pan de Carmita la Fiscala, todo con un apetito que echaba la cuchara sobre cubierta, le daba una vuelta a babor, otra a estribor y. . . ¡a la bodega! Yo sé hacer de comer, que lo aprendí en Cuba, y si la señora quiere, yo le sirvo de cocinero y le pago la comida sin tener que vomitarla a puñetazos.

Entonces el guardia, ardiendo por haber perdido las incidencias del partido, dijo a Orihuela:

—Mire, cristiano, márchese tranquilo y no le pague ni medio cuarto, que esta mujer molesta mucho al pasaje todos los días. . . A ver si escarmienta.

No esperó Orihuela que repitiera el guardia lo mismo. Volvió a llenar la cachimba, la encendió y enfiló la calle de Triana adentro, echando humo como el correílo al enfiar el espigón del Muelle Grande.

Recuerdos de Gáldar ROGATIVAS Y JUBILEOS

En aquellos lejanos tiempos de fin de siglo y principios del presente, se hacía rogativas a los santos cuando escaseaba la lluvia, había guerras o surgían epidemias.

Por la mañana temprano se formaba una procesión en la puerta de la iglesia presidida por el párroco. Seguíanle el sacristán, sochantre y monaguillos. Acudían numeroso público, muchas mujeres y pocos hombres. Estos se iban a sus labores del campo.

El sochantre empuñaba un viejo y sudado breviario, forrado en pergamino, donde estaba la lista de los santos que se indicaban en la letanía. Presumía el sochantre de ser uno de los mejores cantantes del Canto Llano, que aprendió con el célebre maestro organista de Guía, don Juan Bautista.

Cuando cantaba el sochantre, Santi Jacobi; contestaban todos en el mismo tono: Ora pro nobis. Omnes Sancti Doctores, orate pro nobis. Sancte Cecilis, ora pro nobis. Omnes santi eremitas, orate pro nobis. Cantando de esta forma hacían un recorrido por las calles ya acostumbradas.

Como la procesión va despacio, ustedes y yo nos adelantábamos para presentarles a un maestro zapatero que tiene su tienda en la calle de Enmedio, hoy de Quintana y León en la vieja ciudad de los Guanartemes. Dicha

tienda estaba a la izquierda bajando. Se le conoce en el pueblo por el tío Cornelio y sólo los viejos como él, saben su verdadero nombre y apellidos.

Nosotros seguiremos nuestra historia, y de acuerdo con el sano consejo que se nos da en *El Quijote*: "No te metas en dibujos — Ni en saber vidas aje — Que en lo que no va ni vie — Pasar de largo es Cordu. . . ". Y vamos a lo que íbamos, que ya viene la procesión invocando a todos los santos. Al llegar ante la zapatería, séase porque le tocaba el turno en la lista, o porque el sochantre, que era casi tuerto, le adelantó en la cola, cantó: *Sancti Corneli, todos: Ora pro nobis. El, y todos los demás, miraron para la zapatería sonriendo tenuamente.*

Las rogativas solían hacerse durante ocho días seguidos y siempre por las mismas calles. En una de ellas, y al tercer día, al pasar frente a la zapatería, hizo el sochantre una pequeña parada y mirando complacido para el zapatero y seguido por toda la comitiva, cantó: *Sancti Corneli, Ora pro nobis. . . y no terminó bien el canto llano, porque el viejo Cornelio le tiró a un tobillo una horma del 44. En calentito pudo el sochantre regresar a la iglesia y después a su casa, donde acostado y a fuerza de paños calientes de agua de orobal y culantrillo, se alivió y se le bajó la hinchazón.*

Al siguiente día, que era el cuarto de los ocho, al llegar la procesión ante la zapatería, vio el sochantre al tío Cornelio arrimado a un lado de la puerta con una mano tras la espalda. Masculló más que cantó: *Sancti Corde-ri, Ora pro nobis, a lo que Cornelio, enseñándole la misma horma del 44, le gritó: ¡Aclara! ¡Aclara la voz, que todavía quedan hormas. . . !, y esta vez no hubo parada ni sonrisitas, ni al día siguiente, ni al otro. . .*

En uno de los jubileos que se celebraban en Gáldar: toda la tarde saliendo por la puerta mayor y entrando por la lateral de la calle Guanarteme, el criado de doña Josefa, la viuda de Samsó, que llegaba por la plaza con el cacharro de la leche de las vacas, vio el "rebullizo" y queriendo ganar también el jubileo, aunque no estaba vestido como para ello, pues sólo llevaba puestas las enagüetas o calzones de lienzo, hasta bajo las rodillas, sujetos con una ancha faja de lana negra, una camisa, también de lienzo, y un toSCO sombrero negro de los que hacía el sombrero de Guía por medio duro. Por bajo dos morenas columnas peludas, calzadas con unos gruesos borceguies de becerro, claveteados con cabezudas tachas. . . Antes de incorporarse a la comitiva, guardó el cacharro de la leche detrás de la puerta mayor

que estaba abierta. Después, al terminar las ceremonias, fue a por el cacharro y. . . casi le da un "histérico" al ver que no había leche alguna. Los muchachos dieron con el cacharro y, sirviéndose con la misma tapa, se repartieron toda la leche. El pobre hombre gritaba inconsolable: Yo me gané el jubileo, pero los muchachos me jubilaron la leche. Doña Josefa me mata.

José María Gil

San Bartolomé de Lanzarote

ANTONIO JULIANA

Antonio "Juliana", hijo de la buenísima anciana "seña" Juliana, vivía con su madre, cuando yo le conocí, por los años 1890 al 1900. Vivía separado de su mujer, la que se hallaba con sus dos hijos en Las Palmas. Nunca supe la causa de tal separación.

Antonio Juliana era zapatero remendón y, a la vez, sochantre de la parroquia de Gáldar. Tenía una magnífica voz de barítono. Ya en edad madura empezó a dar muestras de que su cabeza no carburaba con normalidad. Sin ser loco ni idiota, daba muestras de que se le escapaba por algún agujero de la cabeza el sentido común. Su casa, situada en la calle "del siete", que formaba un ángulo por el poniente con la Luna, tenía una sola puerta y una ventana. Esta la abría desde el alba y sus dos hojas permanecían abiertas hasta la noche. Antonio nunca utilizaba la puerta para entrar y salir. Lo hacía siempre por la ventana. Terminaba de remendar unos zapatos, sacudía el mandil, abría el zancajo y saltaba por la ventana, con los zapatos en la mano, y emprendía camino hasta la casa del cliente para entregárselos y cobrar. Las calles resonaban con su bien entonada voz, cantando unas veces el "Credo" y otras el "Gloria" o los "Kiries". Regresaba a su casa y, entrando por la ventana, tomaba otro par de zapatos para remendarlos.

La plaza de sochantre la perdió porque en la misa de un domingo cantó, medio mascullado, lo siguiente:

**"Aleluya, aleluya,
en casa del Maestro Juan Martín, el zapatero
(fue su maestro),
hay velas de cera baratas.
Acudan luego que se acaban.
Aleluya, aleluya".**

Y como ya había dado otras muestras de que tenía "goteras en el tejado", don José Romero, el párroco, un sacerdote ejemplar, de grata memoria, lo destituyó del cargo. Sin embargo, Antonio Juliana siguió cantando "credos" y responsos e introitos por las calles.

En víspera de fiestas se le acumulaba tal cantidad de calzado para componer que, aún trabajando en horas de la noche, no se desenvolvía. Además, perdía mucho tiempo atendiendo y dando disculpas a las mujeres, que eran las que llevaban a componer los zapatos. Numerosas veces se desarrollaban escenas así:

—Antoñito, ¿me tiene los zapatos compuestos?

—Mire. . . , pues no he podido componerlos, pero váyase tranquila que el lunes se los llevo yo mismo a su casa.

—Vd. no tiene palabra de hombre ni nada. Me dijo que viniera el sábado pasado. Vine y me dijo que viniera hoy jueves, y ahora me dice que el lunes. En cambio, le supo componer los de Enriquita, mi vecina, que se los trajo después que los míos. . . Mire, si no me los compone hoy mismo, mi marido es el que vendrá por ellos. Y ya sabe Vd. que tiene malas pulgas. . . Y me voy, porque con el coraje que tengo no sé lo que hago.

En las vísperas del santo patrono, el 25 de julio, se formó un imponente montón de calzado y, como las escenas similares a la descrita se desarrollaban a menudo, el pobre Antoñito perdió de tal manera el poco juicio que le quedaba, a causa de las repetidas amenazas de que "le partirían la cara", "los besos y la cabeza", que empezó a tirar todos los zapatos a la calle,

cogió una botella de "belmontina" (petróleo) y, saltando por la ventana, hizo un montón con ellos en medio de la calle, lo roció con petróleo y le prendió fuego. Volvió a entrar y se sentó en la banqueta a contemplar, ensimismado en melancólicos pensamientos, la extraña fogalera. Al cabo de un rato, llegó "La Capitana", una mujerota de arrestos y fuerzas varoniles, y, acercándose a la ventana, le dijo:

—Antoñito, vengo a buscar los zapatos. ¿Están ya compuestos?

—¿Los zapatos. . . ? Mire en ese montón que está en la calle a ver si están.

Miró "La Capitana" y los halló, pero a medio quemar. . . Fue tal la ira que le dió que, mirando alrededor, echó mano a un callao —que había varios— y lo disparó contra la cabeza de Antoñito, el que, si no la tuerce a tiempo, y cierra la ventana, el "callao" lo deja callado, quizá para siempre.

La ventana no se volvió a abrir más y Antoñito y su pobre madre sólo comían algún plato de potaje y un poco de gofio que los vecinos, también pobres, les llevaban compadecidos. Fueron perdiendo puntos y fuerzas hasta morir la buena tía Juliana y después su hijo Antonio.

Dice un proverbio ruso: "Mejor se está sentado que de pié; mejor que sentado acostado; y mejor que acostado, muerto". Y, sin embargo, nadie que esté en su fuero quiere morir. Es una paradoja, pero es así.

El que escribió esta historia de sabor de melancólico humorismo vivió en una casa de la calle La Luna, que daba por la trasera a la del Siete, frente mismo casi a la de Antonio Juliana. Pasé mi infancia allí hasta los ocho años de edad, en que pasé temporadas en Teguse a la sombra de mi hermano, el sacerdote don Antonio Gil.

Como niño, me metía en las casas de los vecinos y se fueron grabando en mi memoria los sucesos, las personas y los paisajes, con sonidos y colores, con maravillosa exactitud. Cierro los ojos y veo a doña Juliana desdentada y Antoñito saltando por la ventana con un par de zapatos en la mano. . .



Con el desaparecido Ramón Mariño Mirazo, cuando el desplazamiento al IX Festival Internacional de Santander, en 1960, donde la "Ajei" obtuvo el Primer Premio. (Fotos cedidas por doña Teresa Martín Arroyo).



RELATOS DE LANZAROTE

PASAR POR EL MIMBRE

Cuando un niño mostraba ser quebrado lo traían a San Bartolomé, a unas montañetas llamadas Los Morros, situadas al poniente del pueblo. En Los Morros solía haber plantas de mimbre y de caña. Allí se celebraba la ceremonia siguiente:

Antes de salir el sol (condición indispensable), se congregaban ante una planta de mimbre, o, en su defecto, de caña, un hombre llamado Juan y una mujer, María, los que habrían de ser el padrino y la madrina del niño quebrado. Además, venía numeroso acompañamiento de los padres y convidados. Todo habría de hacerse deprisa. La madrina se sentaba y procedía a hilar. Mientras tanto, Juan, el padrino, amasaba un poco de barro y, ya preparado todo, Juan abría una de las varas de mimbre, o caña en su defecto, como dije ya, con un cuchillo por el centro, sin llegar a la parte de arriba ni a la de abajo, en forma ojival, con las dos mitades que sostenían abiertas cada uno por un lado, un hombre y una mujer, que también se llamarían Juan y María. Tomaba la madrina en sus brazos al niño y se entablaba el siguiente diálogo:

— ¡Ah, Juan!

— ¡Ah, María!

— ¡Ah, Juan!

— ¡Ah, María! ¿Qué quieres María?

— Ahí te va ese niño roto y quebrado. Que San Juan y la Virgen nos lo devuelvan sano.

Y pasaba el niño en sentido horizontal, recogéndolo Juan al otro lado. Devolvía Juan el niño a María y tomando la cuerda de lana hilada ataba la caña juntando las dos mitades con fuerza. Luego la forraba con el barro, previamente amasado.

Terminando felizmente todo, se procedía a celebrar el acto con dulces, licores y puros, cual si fuera un bautizo. Si al cabo de un año, por San Juan, la caña se había soldado, el niño se curaría. Si no. . .

Sucedió en una ocasión que un viejecito de Arrecife, que era quebrado

desde joven, lo llevaron unos guasones a San Bartolomé a "pasar por el mimbres". Llegaron antes del día provistos de todo lo acostumbrado, y, al llegar a lo de "ahí te va este niño", al tratar de pasar al viejo por la abertura, cuando lo sostenían los hombres y la madrina, no cabía y se rompió la caña, cayendo el viejo al suelo, en medio de la algazara de todos los presentes. Luego fue celebrada la fiesta, como de costumbre, con la correspondiente parranda de timple, guitarra y bandurria.

Los tiempos pasados no fueron todos mejores que los actuales, pero alguno que hoy recordamos con nostalgia lo fueron, en verdad, por su encantadora e infantil sencillez.

Junio, 24, de 1975.

ARREQUINTA, ANDREA

"A mucho viento, poca vela", es un antiguo consejo que siempre han seguido los marinos que de la vela se han valido para mover sus barcos en el mar. También lo han seguido los molineros a vela de aquellos tiempos pasados, que del viento se valían para mover sus molinos, hoy inertes y mudos.

Pedro Jacinto y su mujer, Andrea, atendían un molino de aspas de los llamados "maquileros" porque cobraban el molturaje del mismo grano que llevaba el cliente para hacerlo gofio. Para la "maquila" usaban un medio almud, un cuartillo y unas cuartillas hechas de madera. Por molturar una fanega, unos cincuenta kilos, extraían medio almud de gofio y, en proporción, otras medidas.

En las duras faenas del molino, ayudaba Andrea a su esposo Pedro, además de atender su humilde hogar cercano. Lo de "sexo débil" no era aplicable a esa mujer, que tenía unos puños y una fuerza similar a la de su marido. Ella subía y bajaba con un costal, de grano al subir y de gofio al bajar, por la pendiente escalera del molino, con la misma ligereza que

Pedro, aunque pesara sesenta o setenta kilos. Ella era la encargada de frenar las aspas para poner o quitar velas, atenta a la voz de Pedro que, encaramado en una de estas aspas, gritaba:

— ¡Afloja! ¡Arrequinta!

Sucedió que en una ocasión, estando Pedro subido a un aspa, vino un fuerte refugón de viento, que hizo resbalar el freno y giró el eje arrastrando a Pedro, agarrado como un perenquén y quedando la cabeza hacia abajo y los pies, como un trapeceista, colgados de una traviesa. Al verse en tal peligro, dio un grito que, más bien, fue un berrido:

— ¡Arrequinta, Andrea, que voy volao!

SE LE OLVIDO EL ENCARGO

Cosas de tiempos lejanos

Se acercaba la fiesta de San Juan Bautista, universalmente celebrada. En el pueblo de Soo, del cual es venerado patrono, no quedaba una casa sin blanquear, ni horno familiar que no fuera caldeado para cocer el buen pan familiar que, como un lujo, se comía a dos carrillos acompañado de buenas tajadas de carne, en aquellos tres días: 23, 24 y 25. Desde tiempo inmemorial era costumbre en todos los pueblos de la isla nombrar con anterioridad a un matrimonio de los más pudientes como encargados o mayordomos para allegar recursos y organizar los festejos que, en realidad, no eran muy complicados: La víspera, luchada delante de la ermita a la luz de una gran hoguera alimentada con aulaga seca; al día siguiente, 24, la misa cantada con panegírico del santo y procesión por los arenosos caminos del pueblo, siendo disparados multitud de cohetes, regocijo de la chiquillería y alarma de los perros que huían asustados, ladrando como si se tratara de la invasión de una lancha de moros.

En el año 1896 eran mayordomos el señor Crisanto Guillén y su esposa Andrea Toribio. Aunque el viejo refrán dice: "Mal anda la casa donde la

gallina canta y el gallo calla"; en este matrimonio tuvo su excepción tal regla, puesto que la señora Andrea era la que disponía, mandaba y gritaba y su casa prosperaba y adelantaba que era un primor, secundada por sus hijos y por Crisanto, cuya voz como radio con sordina, no se oía más allá de las tapias del corral.

Cumpliendo las órdenes tajantes de su mujer, estaba Crisanto albardiando la burra (¡hermosa burra!) en la madrugada de aquel día 24, para llevarla a la villa, con el objeto de traer en ella al señor cura que había de officiar la misa y hacer el panegírico del glorioso santo. Antes de ponerse en camino se presentó a la señora Andrea para tomar nota en su memoria (no sabía leer ni la "o"), los numerosos encargos de las prevenciones necesarias para condimentar las viandas en aquel señalado día, que servirían para obsequiar al señor cura, al sochantre y al sacristán.

Seguidamente montose en la burra y salió raudo para Teguisse. Durante el viaje fue repasando en memoria y contando con los dedos: El cura, las galletas, pasteles (dos docenas), una botella de mistela, otra de ron escarchado, pimentón, canela, clavo, pimienta negra, cominos, tomillo, hoja de laurel, etc., etc.

Llegado que fue a la villa se dirigió a la venta y panadería del señor Pedro Doreste y allí compró todos los menesteres que puso en las alforjas. Y como era aún temprano entabló conversación con el dueño de la venta y con otro conocido que recaló por allí, al que invitó a un vaso de vino. Este para no quedar en mal lugar lo invitó a su vez y ya puestos en la agradable faena del trasiego, se pusieron animaditos con tantos leñazos de parte y parte.

Como el sol de junio ya calentaba, Crisanto, en un momento de luzidez, recordó que tenía que regresar a Soo con los encargos. Puso las alforjas con ellos dentro, se despidió del amigo, se escarranchó en la burra y, ¡hala!, para Soo, propinándole repetidos varazos para avivar la marcha como si se tratara de ganar una carrera de burros. Entró como un remolino de viento por la trasera de su casa, donde ya le estaba esperando la señora Andrea, impaciente por la tardanza.

— ¡Pero, hombre, dónde has estado tanto tiempo que ya van a ser las doce!

—Pues. . . , pues el señor Pedro Doreste me dijo que esperase por los pasteles que tenía en el horno y yo. . . ¡Mira! Aquí te traigo todos los encargos que mi hiciste y, además, dos libras de manices y otras dos de galletas de cochafisco para los chiquillos.

—Bueno, vamos a ver, ¿dónde dejaste al señor cura?

—¿El señor cura?, ¿el señor cura? —contestó nuestro hombre dándose una palmada en la frente—. Todo el camino vine pensando: "Paréceme que se me quedó alguno de los encargos que me hiciste". Y, mira que mala pata, ¡se me quedó el cura!

Aquel día 24 de junio se quedó el pueblo de Soo sin la misa y la procesión del santo. Para no perderlo todo repicaron con la única cascada campana y tiraron todos los cohetes y ladraron todos los perros.

REFLEXIONES MATINALES DE UN VIEJO CAMPESINO

Víctor Fernández, el célebre poeta y filósofo salinero, dice al comienzo de sus seguidillas que un majorero se las cantó cuando dormía. Como en ellas dice cosas muy certeras y que levantan ronchas, él, huyendo de que los señores que se consideraban aludidos le apretasen las clavijas, lo dieran de baja en su trabajo. . . , o lo metieran en la cárcel, le echó la responsabilidad al majorero que oyó en su sueño.

Yo no soy poeta ni filósofo, pero cuando, antes de despertar la aurora, despierto con la mente descansada, pienso cosas también certeras y de sentido común. Aunque he tenido varios oficios —dicen los catalanes: "muchos oficios, pobre seguro"— nunca tuve el de agricultor, pero llevo más de cincuenta años conviviendo con los campesinos, tomando parte en sus penas y alegrías y sintiéndolas en mi propia carne. Presenciando sus rudas labores, muy complicadas, aunque a primera vista aparecen sencillas, he llegado a considerarme un campesino más. Así no debe extrañar que en lo que diga a continuación me exprese machaconamente como tal.

Mucho se ha hablado de la ruda lucha del campesino lanzaroteño y las

energías gastadas de su propio cuerpo y de su alma para extraer de la tierra el sustento propio y el de su familia. Mucho se ha hablado, pero mucho queda por hablar.

¿Quién, al ir a pagar la contribución en la oficina de Hacienda no ha oído las quejas de los campesinos, que están ardiendo por las subidas que acaban de pagar, haya o no haya cosecha?

Yo pienso y sostengo que si, como dicen los gobernantes, tratan de proteger la agricultura, lo que se debe hacer en lugar de cobrarles contribución alguna, es más bien premiarles su labor en proporción a su trabajo para que sigan amando la tierra que riegan con su sudor. De lo contrario, seguirá en aumento el abandono que se está viendo y palpando. ¡Cuántas hectáreas de terreno cubiertas de aulagas y yerbajos vemos al atravesar los caminos de la isla!

Se me dirá que ide dónde va a sacar el Estado tantos millones para compensar lo de la contribución rústica! Cuando un enfermo que sufre quemaduras, ¿no le extraen trozos de piel de otro miembro para injertar en el afectado?

El campesino lanzaroteño sufre a menudo las quemaduras de la sequía, es un hijo de España a quien ama con cariño de hijo y España, como madre, no le negará un trocito de su piel para reparar la del hijo.

Siempre oí a unos ancianos una sentencia que ellos consideraban inmutable: "De la reja, sale todo". Hoy, como inconscientes suicidas, la hemos cambiado por la de: "Del turismo sale todo". Cuando el turismo, como ave que vuela de un país a otro nos abandone y tratemos de volver a la "reja", acosados por el hambre, sólo hallaremos terrenos montuosos que necesitan mucho tiempo, sudores y trabajos para ponerlos en producción.

He leído que en la China de Mao, los hombres de carrera, los intelectuales, etc., están obligados a trabajar en ocupaciones manuales, por lo menos dos días a la semana. En España no estaría de más que, aunque sea un día, no vendría mal dedicarlo a la Agricultura, no teórica, sino práctica.

Causa enorme satisfacción el ver como la instrucción cunde en la clase trabajadora, pero todo tiene sus inconvenientes: Un joven campesino que se traslada a la ciudad a estudiar y logra el Bachillerato, ése no tendrá callos en las manos aunque lo aspen; volverá al lado de su padre para ayudarle en

la larga jornada del cultivo de la tierra, con cuyo fruto le ayudó para llegar a obtener el título de Bachiller. ¡Manos de Mao! Aquí haría falta que el niño, sin callos, los criara un día a la semana junto a su padre. (Se apagó la luz, pero sigo pensando).

UNA TARJETA SIN FRANQUEO

¿En qué rincón oscuro y hondo del cerebro duermen los sucesos de tiempos lejanos, que, sin que intervenga la voluntad, surjen con nueva vida en nuestra memoria?

Relataré una de las tantas anécdotas que reposan, como en un cementerio los cadáveres, esperando ser resucitados algún día sin saberse la hora ni el día.

En la villa de Teguisse conocí a un simpático personaje llamado Melquiades Ganzo, conocido por "Melquiés", más fácil de pronunciar. El tal individuo era persona muy educada, cual solían ser los habitantes de la señorial villa. Se explicaba con soltura y pronunciación correcta.

Un día recibió un escrito de Correos y Telégrafos que, en aquel tiempo, por 1909-1910, tenían sus oficinas donde estuvieron las de Hacienda en Arrecife, para que fuera a recoger un sobre falto de franqueo. En efecto, por la mañana tomó plaza en un carro de dos ruedas tirado por dos flacos y cansados mulos de poca alzada, cuyo conductor se llamaba Bartolo Batista, y el pasaje valía una peseta la ida y otra la vuelta, regresando casi de noche. El trayecto de Teguisse a Arrecife tardaba así como dos horas largas y, viceversa, tres horas también largas por ser en cuesta arriba. Así decía un cantador de seguidillas:

**"De Arrecife a la Villa
camina un coche.
Sale por la mañana
y llega de noche".**

Llega nuestro hombre a Arrecife y, en un bochinche situado a la entra-

da en las Cuatro Esquinas, se largó un tanganazo de vino y pagó otro a un compañero de viaje. Y como éste pagara, por no ser menos, el otro se lo zampó también. En aquel tiempo valía un buen vaso de vino "un cuarto" (así como tres céntimos de peseta). Seguidamente echó en vela hacia la Marina y como se encontró con otro amigo se entretuvo hablando con él. Cuando llegó al ventanillo de la Oficina de Correos y Telégrafos, procedían a cerrarla con diligencia y exactitud (digna de ser imitada para abrirlas a su hora fijada, pero no. . .). Por más que rogó al empleado que le atendiese por ser de otro pueblo lejano, no hubo remedio. Le dió con el cierre en la cara, diciéndole: "Vuelva Vd. mañana".

Bueno: A dar la vuelta y a esperar a las cuatro de la tarde a la salida del carro de Bartolo, comerse un pan remojándolo con repetidos tragos de vino con otros viajeros que esperaban lo mismo. El vino de Lanzarote, aunque según el común decir "no es más que lo que da la parra", si se bebe mucho también calienta, y Melquiés, con los cascós calientes, pronunciaba las eses con más finura que los herreños. Las incidencias del viaje de regreso y las conversaciones de los pasajeros durante las tres o más horas no las detallo para no molestar más al lector. Al día siguiente, vuelta de nuevo Melquiés a Arrecife, con iguales incidencias de la llegada y los vasos de vino en las Cuatro Esquinas. Se dirigió enseguida a las oficinas de Correos. Allí le sacó el empleado una especie de litografía tamaño tarjeta de visita, con la vista de un buque de guerra, que decía al dorso: "Querido tío: Le mando esta tarjeta con el barco en que estoy sirviendo. Ahora estamos en Cádiz. Reciba un abrazo de su sobrino Perico".

Al ir a recoger la tarjeta le dijo el empleado: "Tiene que pagar la perra gorda del sello, porque vino sin él". Entonces Melquiés, reventando de quijotesca indignación, sacó del bolsillo dos perras gordas (de cobre, entonces) y dijo pronunciando las eses, silbándolas:

—Mire, señor, aquí tiene Vd. la perra del sello y esta otra para que le ponga otro a la tarjeta y se la devuelva a mi sobrino Perico".

Y salió sin querer oír al empleado que, lleno de cólera, le decía que se llevara la perra y la tarjeta. Y repitió la misma faena: los tragos de vino, llegando a la villa "tieso como una araña", con una "torta" que no se podía "ni lamer". Todo por el franqueo de una "perra gorda".

Así me lo contó Melquiades Ganzo y así se lo cuento yo a Vds.

¡TANTO ANDUVISTE JATA QUE COMPRASTE EL "MARIÑAQUE"!

Señora Petra y Señor Casiano era un matrimonio campesino en Uga que lo pasaba, labrando sus pedazos de tierra, relativamente bien. Ella no daba un paso sin contar con él, ni aunque fuera a comprar un pañuelo de mano,

Las modas femeninas y masculinas se iniciaban siempre en París, las compraban en Madrid y de allí iban pasando a las demás provincias entre la gente llamada de "tun-tun". Cuando las clases elevadas se iban cansando y nadie las usaba en las capitales las iban también copiando las muchachas campesinas pudientes.

Bueno, como iba diciendo, Petra, una mujer de 40 años, de buen ver en aquellos tiempos en los campos, en que se decía "la gordura es hermosa", era hermosa y llenaba el ojo de todo campesino que, olvidando el Noveno Mandamiento, la mirase con ojos golosos.

El miriñaque era un aro de acero sumamente flexible, de media pulgada de ancho y así como ochenta centímetros o un metro de diámetro, que se adaptaba al borde de la falda. Los "rigodones" y otras danzas aristocráticas se bailaban con el miriñaque.

Una señora joven, amiga de Petra, se compró un miriñaque para, como otras vecinas de Yaiza, estrenarlo en las fiestas de los Remedios.

**"Por Remedios voy a Yaiza,
por la Candelaria a Tías,
a la villa voy por Pascuas
y por San Juan voy a Haría".**

**"San Marcial queda en Femés
y los Remedios en Yaiza,
la Caridad está en la Geria
y en el cielo mi esperanza".**

Cantares populares. . . , para rellenar el cuento. Dicha amiga animó a Petra a que se comprase también su miriñaque, y ésta que, como ya decíamos, no daba un paso sin contar con Casiano, su marido, lo puso en su conocimiento. Casiano, que era enemigo de todas las modas "de fuera", re-

chazó de plano la idea. Petra, siempre sumisa, renunció al proyecto y no volvió a pensar en él. . . Pero un día que bajó a Arrecife vió en la tienda de don Gonzalo Molina unas corbatas rameadas con el lazo hecho, de las que se usaban entonces, y compró una para que la estrenase su marido con la ropa nueva que tenía en el cofre y darle una sorpresa, poniéndola tendida sobre ella. En una vuelta que se le ocurrió a Casiano abrir el cofre para ver el traje nuevo, vio aquello tendido (la corbata) y, saliendo hasta donde estaba Petra, le gritó ardiendo de coraje:

— ¡Ah, puñetera! ¡Tanto anduviste jata que te compraste el mariña-que!

SI LA FRUTA ES FIADA, MI PADRE SE LA COMPRA TODA

Como es sabido, La Geria es una zona rica en la producción de uvas y "fruta pasada" (así se le llama en Lanzarote a los higos de higuera seca). Don Pancho Fajardo, acaudalado propietario, de noble abolengo, cosechaba en años normales hasta mil kilos de "fruta pasada" que luego lo iban a comprar a su casa solariega de La Geria.

En Conil vivía un tal Benito "el alañador". "Alañador", porque componía ollas, gánigos, vasines ("orinales") de barro y algún caldero. Como trabaja poco, bebía bastante vino. Tenía cinco retoños. La pobre mujer, su esposa, se veía morada para ponerle delante algo de comer. Así que en casi todos los pueblos y comercios tenía un saldo en contra y se negaban a seguir negociando. En el mes de septiembre se empieza a recoger fruta en los "pasaeros". Entonces Benito mandó a su hijo el mayor, de 14 años, con el siguiente recado a don Pancho:

—Dice mi padre que si la fruta es fiada, que él se la compra toda.

Don Pancho, que ya conocía por experiencia a Benito, le contestó:

—Dile a tu padre que la fruta ya la tengo vendida, la de este año, pero que si quiere la del año que viene, que cuente con ella.

¡ME HE MATADO POR MI GUSTO!

Los cuervos suelen hacer mucho daño al comerse el millo que se acaba de plantar. Con gran habilidad escarban y se lo van comiendo en ausencia del labrador.

Don Enrique, acaudalado propietario en Yaiza, al recibir las quejas de uno de sus medianeros, Casiano, de que los cuervos le estaban dejando la tierra "manca" al comerse la semilla, un día que bajó a Arrecife le trajo un fajo con una docena de cohetes. Estos, al estallar, ahuyentan a los cuervos con la explosión y el olor a pólvora.

Llamó a Casiano y le dijo:

—Aquí tienes una docena de voladores. Vas a la tierra y, con el cigarro, tiras uno por la mañana y otro por la tarde para espantar a los cuervos.

Puso manos a la obra al momento Casiano y, ya en la tierra que acababa de plantar, se quitó la faja que tenía debajo de la camisola, sujetando los calzones, y se la puso sobre ella, cogiendo por los rabos la docena de cohetes y se los metió entre la faja y la camisola con los rabos hacia arriba. Sacó hacia abajo el primero y le aplicó el cigarro a la mecha. . . Al salir el chorro de fuego hacia abajo, prendiendo en los once restantes, aquello fue una pieza de fuegos artificiales. Fue tal el susto que recibió el pobre hombre que, dando un grito que resonó entre las montañas, dijo:

— ¡Carajo, me he matado por mi gusto, coño!

Y quedó como muerto, despatarrado sobre un vallado de arena, sin conocimiento. Al ver la humareda y oírse el estrépito, uno que estaba en otra tierra cercana vino a tiempo a apagar la camisola que aún ardía, dándole vueltas a Casiano sobre la misma arena. Que si no. . . , se mata de verdad ardiendo, anticipadamente condenado por haber dicho aquellas dos palabras tan feas y sonoras.

UNA DOCENA DE CANGREJOS VIVOS

Los vecinos de Soo, al norte de Lanzarote, son aficionados a mariscar burgaos, lapas, patas de cabra, clacas y pulpos, a marea vacía. Por la noche, alumbrándose con hachones de petróleo, también cogen cantidades de grandes cangrejos que, sancochados, son muy ricos. Antonio Ferrera era muy amigo de don Antonio Gil, párroco de la villa de Teguiise, y con un vecino de aquél, que aquel día iba a dicha villa, le quiso mandar a don Antonio una docena de cangrejos, apartados de los mayores entre los que había mariscado con otro compañero la noche antes. Para que don Antonio los comiese calientes, acabados de cocinar, quiso mandárselos, como en otras ocasiones, vivos. En efecto, en un cesto tapado con un palo fue metiendo uno a uno, hasta contar la docena de cangrejos, que hay que saberlos coger, porque si no dan fuertes mordidas con las potentes pinzas (¡Lástima que no se dedicaran a sacar muelas!).

Bien cubierto con el paño el cesto, salió a viaje el portador. Sin saber cómo, los inquietos crustáceos recorrieron por un lado el paño y empezaron a salirse, uno a uno, buscando la libertad, ante la mirada atónita del que llevaba el cesto, que lo soltó lleno de miedo, porque al querer coger uno para meterlo en el cesto otra vez, le atacó con las pinzas abiertas. El resultado fue que una docena de cangrejos quedaron en el Jable buscando la sombra de las aulagas y el del mandado siguió con el cesto vacío. ¡Ah!, olvidé decir que Antonio Ferrera envió también una carta en la que le decía, entre otras cosas: "Don Antonio: aquí le va una docena de cangrejos vivos para que ahí los guise y se los coma calentitos".

Entregó el portador a don Antonio en su casa el cesto y la carta. Este la abrió y leyó en alta voz: "Aquí viene una docena de cangrejos. . . ", a lo que dijo, dando un aire de alivio, el otro: "¡Ay, don Antonio, no sabe Vd. cuanto me alegro que en la carta venga otra docena de cangrejos, porque los que venían aquí se salieron todos. . . "

LOS "VELORIOS" Y "LAS ULTIMAS"

En tiempos pasados existían costumbres entre las familias de clase popular que ya se desconocen actualmente. Una de éstas, las que llamaban "velorios" y "últimas" es la que quiero consignar para que no quede, como tantas veces, sepultada en el olvido.

Cuando nacía un niño o niña era costumbre casi general bautizarlos a los ocho días y, al cabo de ellos, después del bautizo, por la noche tenía lugar la solemne velada ceremonia denominada "última". Las veladas de los ocho días anteriores se llamaban "velorios". Durante éstas se reunían en la humilde sala los familiares y convidados. Se entretenían las horas entre la gente joven con los llamados "juegos de prendas", "adivanzas", "trabalenguas", "chascarrillos", etc. Allí, entre pudorosas miradas, comenzaban a germinar aquellos encantadores idilios, idilios con consecuencias de otros velorios y otros bautizos futuros.

Comenzaré por recordar y describir algunos juegos y trabalenguas, atrayentes por su ingenua sencillez.

Un individuo, ya práctico y humorístico, vecino del mismo pueblo o de cualquiera otro, era el encargado de organizar los juegos.

Estando todos los jóvenes de uno y otro sexo sentados alrededor de la sala les hacía a cada uno una pregunta a la que había que contestar sin equivocarse. Si se equivocaba "perdía prenda" y tenía que depositar en un sombrero un anillo, un cortaplumas, un peinillo, un pañuelo o algo por el estilo. Cuando ya ha recorrido todo alrededor, se pone al centro y saca un objeto al azar y, averiguado a quien pertenece, pregunta a todos: ¿Qué pena le ponemos? Y según conteste la mayoría, así se le impone la que ésta diga: "Que dé tantas vueltas a la sala", "que se caiga en el pozo", "que se casen", "que vaya al Merlín", y algún otro por el estilo. La pena de dar vueltas a la sala no es necesario explicarla. La de caer en un pozo es así: La penada o el penado se sienta, estilo moro, al centro y dirá: ¡Ay, Jesús, que me caí en un pozo! "¿De cuántas varas de hondo?", le pregunta el director, a lo que contestará: "De tres varas" (u otro número cualquiera). "Y, ¿quién quieres que te saque: Juanita, o Pepita o Mariquita?" O Pedro, Manuel o Juan, si es una de las chicas o un chico el caído en el pozo, siendo siempre el objeto de sus simpatías amorosas. Entonces acude la nombrada o el nom-

brado, le da la mano y, levantado, lo lleva a su puesto. Saca del sombrero otro objeto y le pide la pena que se le impondrá.

La del "casorio": se sacan dos objetos, uno de un joven y otro de una joven, se colocan dos sillas al centro con los respaldos unidos, sentándose ambos con la espalda vuelta. Da el director una palmada y cada uno vuelve, al momento la cara. Si quedan mirándose es que se casarán y, si no, "así se va enredando la pita", según dicho campesino antiguo. No describo más penas, ya que con estas dos se puede formar una idea de cómo se enredaba la pita en aquellos tiempos.

Había también entremeses para divertir a los demás a costa de algún muchacho retrasado, simple y buenazo. Distraían a éste y el director le cogía el sombrero, iba al tostador de millo y estregaba la copa en el fondo, y luego, con disimulo, lo volvía a poner al lado de la víctima. Ordenaba a los hombres que cada uno tomara su sombrero e hiciese lo mismo que hacía él con el suyo y dijese como él:

*"San Benedicto, como era pastor,
con la copa del sombrero se limpiaba el sudor".*

Y se estregaban todos la cara con la copa del sombrero. No hay que decir cómo quedaría la cara del elegido como motivo de risa. La operación se repetía dos o tres veces y todos reventaban de risa, e igual hacía aquel pobre diablo al ver reír a los demás sin saber que era objeto de ésta.

Entre tres hombres hacían una escena llamada del "trato de la mula". En otra habitación, dos de los hombres, se ponía uno de pié algo encorvado y otro, más aún, con la cabeza fundada en las caderas de aquél, imitando así a un animal de cuatro patas. El tercero les echaba por encima una manta parda, le amarraba una soga al cuello y entraba tirando de la mula hasta dentro de la sala. Allí entraba en tratos con algún comprador y ahí de la gracia de ambos. Además, le zurraba algún varazo en las caderas del mulo, que éste aguantaba con tal de hacer reír y corresponder con mordidas y patadas.

Los trabalenguas también tenían su aparente inocencia y servían para perder prendas si no se pronunciaba bien. Uno: "zal-zel-zil-zol-zul-menengá, menengué, menenguí, menengó, menengú".

Estas son palabras de la "sibi-saba-suba-seba-soba", que estando de un modo digno componen un signo "Sal-Zel-Zol-Zil-Zul", etc.

Otro: *"Por la mar abajo va la péncara, la zancajar, con los cuatro mil péncaros, los zancajitos detrás. Si esta péncara la zancajar se perdiera, los cuatro mil péncaros, los zancajitos, qué hicieran"*.

Otro: *"Salté en parra - caí en huerta - comí miel - y yerba seca" (Decirlo deprisa).*

Otro: *"Ajos canajos y ajos - ajos menejos y ajos - oños, madroños y oños - cáncamos y cómos"*.

EL DIA DEL BAUTIZO Y LA ULTIMA

Al llegar los padrinos y los convidados después del bautizo se tomaban unos buenos tazones de espeso chocolate con bizcochos y bollitos de refresco. A la madre le daban sus copitas de anisado y tazas de caldo de gallina gorda (era costumbre regalar gallinas a las que daban a luz). Por la noche se iban reuniendo los convidados. Si no había luto en la familia se organizaba un baile con cuatro o cinco parejas, según la capacidad de la sala. La recién parida presidía la fiesta sentada en la alta cama, como una reina trigüeñamente hermosa, con la serena palidez mate de la mujer que ha sido madre recientemente.

Los jóvenes y los viejos se van animando con los tragos de ron del bueno de Cuba o de ponche hecho en casa. Las mujeres, muy pocas, se toman sus vasitos de "Mallorca" (anisado). Los padrinos, ella y él, reparten a menudo puros y dulces acompañando las copas. Asistí, siendo niño, a una "última" y la madrina sacaba para las invitaciones las cestas con bizcochos lustrados, bollitos de harina y manteca de cerdo también lustrados y "trozos", unos bizcochos cortados como los rombos que hoy vemos en televisión. "No todo tiempo pasado fue mejor, pero todos suspiramos con nostalgia al recordarlo".

**HAZ BIEN Y NO MIRES A QUIEN. . . PERO ANTES. . .
ABRE EL OJO, POR SI ACASO. . .**

Las anécdotas y ocurrencias campesinas de tiempos lejanos tienen un singular encanto y atractivo, por su sencillez, sobre todo cuando hemos conocido los personajes que las llevaron a cabo, cuya fisonomía, indumentaria y metal de voz recordamos, volviendo a revivir aquellos tiempos, cuya dulce memoria es como un refrigerio y sombra en nuestro caldeado afán del vivir diario.

Hoy quiero transcribir, no para que nadie la lea sino yo mismo, una de tantas anécdotas que acuden a mi memoria, a la que pondré el título que encabeza esta página.

Veamos si la memoria es fiel y me acompaña removiendo vivamente los detalles.

Bueno: Una vez, y de esto han pasado años, muchas vidas y cosas durante ellos, apareció, a cosa del mediodía, delante de mi tienda, un amigo y cliente de Güime llamado Braulio, tirando de un burranco escualido, que le seguía de muy mala gana, porque en lugar de comida le venía dando palos todo el camino, según supe más tarde. Venía Braulio hablando alto, indignado, sudoroso y congestionado, y, como era de natural "vacilón", tropezaba al hablar. Le entendíamos porque repetía varias veces las mismas frases.

El burro venía atado con una soga de veinte o veinticinco metros: La que usaba para atar una chalana en la playa. Para no cortarla, y con la prisa, ató al burro con una punta y arrolló el resto en un brazo. Aquel día había bastante viento y los muchachos echaban a volar cometas. Yo, de pronto, pensé que Braulio con tanta cuerda y tanto viento iba a echar a volar al burro.

—Don José —me dijo Braulio, entrando y dejando el burro fuera—, a ver si Vd., que sabe de todo, me saca de este apuro en que estoy metido, que ya estoy loco y sin saber lo que digo. . .

Sus palabras salían entrecortadas y sabiendo a lágrimas y yo no sabía si llorar, si reirme o llorar con él. . . Y me contó:

—Este burro de todos los demonios amaneció hoy en la gallanía de mi burra y casi la mata. Le pegó cuatro o cinco mordidas en el cogote. No creo que escape si le dá el garrotejo. La mordida del burro es muy ponzoñienta.

Al principio pensé coger un palo y acabar con él, pero mi mujer me aconsejó que no lo matara; que viniera a San Bartolomé y lo entregara al alcalde para que al aparecer el dueño pagara todos los daños. Como no tenía otra sog a mano que esta que tengo para amarrar el barquillo, eché en vela para San Bartolomé. Me presenté en casa del alcalde y, con la misma nerviosidad, dí unos porrazos fuertes en la puerta. Me salió la mujer, enfadada, diciendo que qué horas eran aquellas para tocar de esa manera (ya eran las cinco y media o las seis y ya el sol estaba asomando); que había que dejarlo descansar porque se había acostado tarde. Bueno, me tuvo esperando más de una hora. ¡Bonita manera de servir a los vecinos del pueblo! ¡Que cualquiera sabe la renta que se gana tanto el juez como el alcalde, nada más que por firmar cualquier papel! Bueno, como le iba diciendo, salió el alcalde con los ojos hinchados de tanto dormir. Le conté el caso y me dijo: "De estas cosas yo no entiendo. Vete al juez o a la Guardia Civil". Salí para casa del juez con el burro arrastrando como si fuera la chalana. No estaba en la casa. Me dijo una vecina que estaba en la Peña de Mozaga con toda la familia, plantando cebollinos, y. . . arre, para Mozaga. El juez me atendió muy bien (es casado con una tía política de mi hermano Pedro). Nos fumamos al zoco de una pared una cachimba de tabaco y algo me refresqué del empecinamiento que traía. Pero me dijo: "Braulio, yo en esto no puedo hacer nada hasta que averigües quién es el amo del burro, porque supongo que el burro no te lo habrá dicho. (El juez siempre está de guasa: Es corcobado y con esto está dicho todo). Vete a un abogado para presentar una denuncia al Juzgado para un juicio de conciliación con dos hombres buenos. Por lo pronto, para que te veas libre del burro, vé y habla con Bartolo, el celador, para que lo meta en el corral Concejil y le eche ración hasta que aparezca el dueño y pague todo. . ."

Vuelta a San Bartolomé a casa del municipal, que me tuvo media hora esperando a que terminara de almorzar un caldo de fulas, según me dijo la mujer, "y hay que comerlas despacio por las espinas". Cuando salió Bartolo va y me dice:

—Pero, Braulio, ¿tú sabes que ya no hay Corral Concejil? Como no lo metas en la caja mortuoria. . .

Salí echando chispas, rayos y centellas y aquí estoy, don José, sin saber lo que hago. Si no me arregla Vd. ésto, suelto el burro en medio del camino y que todos los diablos caminen con él.

Como Braulio era un buen amigo y un buen cliente, ¡caramba!, quise hacer algo por él. Enfrente de mi casa hay un árbol en un huerto. Llevamos allí al burro y como Braulio me dijo que temía perder la sogá si venía por él de noche el dueño y se llevara burro y sogá, yo. . . , que algunas veces tengo impulso atolondrado y mentecato, corté un trozo en mi tienda, que importó 20 pesetas, y con ella lo até, con la intención de cobrarlas cuando viniera el dueño. Luego llené de paja una cesta de las que venían con fideos de la Península. Además le puse medio almud de cebada, la que el burro, con tanta y tan poca inteligencia, se la comió antes que la paja, como los niños mal educados que se comen el postre antes de la comida. Braulio se marchó aliviado para Güime.

Esperando que apareciera el dueño del burro se pasaron unos ocho días durante los cuales le puse al burro paja, cebada y agua. Este se llegó a creer que yo era su nuevo dueño y me miraba con sus ojos negríssimos, brillando de agradecimiento. Olvidé consignar un detalle: al amanecer de la primera noche pasada bajo el árbol, fui a ver como había pasado la noche en aquel alojamiento improvisado. Ví que no solamente se había comido la cebada y la paja, sino. . . también la cesta, que era de caña. Como dice el refrán: "A buen apetito no hay pan duro".

Al cabo de los días llegó por mi casa un hombre algo menudo y flaco como el burro, con saco a cuestras mediado de chatarra (era comprador de chatarra), diciendo que era el dueño y que más tarde vendría a llevarlo y pagar todos los gastos, y, mientras, iría a comprar más chatarra. No le faltaba sino besarme las rodillas de agradecimiento y casi me hace llorar por sus sentidas frases. En efecto, vino. . . , pero a media noche y se llevó el burro y la sogá. De esto han pasado seis u ocho años y no he vuelto a ver ni al burro ni al dueño. Haz bien. . . , pero abre el ojo bien, por si acaso.



La Agrupación "Ajei" en el Pueblo Canario de Las Palmas. (Fotos cedidas por doña Teresa Martín Arroyo).

JUNTAS FAMILIARES

Era costumbre inmemorial entre los campesinos acomodados el congregarse a sus hijos y nietos en sus casas solariegas, en los días señalados, como el del Patrono, Navidades, Carnavales, la muerte del cochino, etc. Con días de antelación, la anciana madre, ayudada por alguna de sus hijas o una vecina, aseaban la casa, blanqueaban las paredes con cal de Janubio o de la villa. Al llegar la víspera del esperado día procedía al amasijo del sabroso pan para cocerlo en el horno adosado a la cocina, que al igual que todos los del pueblo, lanzaba borbotones de humo, anunciando la fiesta a la par que los repiques de la campana al mediodía y los cohetes voladores hacía huir ladrando a los asustados perros. . . , y los corazones de todos, los nuevos y los viejos, latían alegremente con la dulce esperanza de aquel señalado día.

Durante las ceremonias religiosas, la madre preparaba la gran mesa uniendo dos o tres y cubriéndolas con un blanquísimo mantel, y colocaba a su alrededor todas las sillas y taburetes necesarios.

La antes silenciosa morada comienza a llenarse de alegres rumores de saludos, de gritos de la chiquillería, de besos a los ancianos padres y, entre sí, las hermanas y cuñadas. Cuñados y hermanos entablaban interminables diálogos campesinos. Todo esto mientras se van amontonando en la mesa las bandejas con el pan, las ventrudas botellas de vino, las que, con sólo mirarlas, nos alegra las niñas de los ojos a los hombres. . . Luego, dos enormes bandejas de la China, rebozantes de carne de cerdo, de carnero y gallinas enteras; otras dos bandejas con humeantes garbanzas y papas de la tierra. . . Luego la bendición, por el anciano padre, de la mesa, con el "Padre nuestro" y. . . a comer con el apetito increíble que sabe hacerlo el campesino en estas ocasiones, en las que, como ellos dicen, "sueltan las encordonaderas".

Las hijas aprovechan algún momento para contar sus cuitas a la madre y ésta llora las penas de su hija y la consuela. . . Los hombres disimulan ante los padres sus agravios y tristezas, por el bien que disfrutaban los demás hermanos. En fin, que transcurre un día de paz inolvidable que esperamos volver a gozar la próxima vez.

"A mi me huele a pueblo". A mi me huele el sabroso pan familiar

hecho por aquellas benditas manos de mi madre. . . , a mi me huele a paredes blanqueadas y a puertas recién pintadas. . . , a mi me huele. . . a lágrimas vertidas por el recuerdo de aquella edad feliz tan lejana.

El día 5 de agosto nos reunimos en la alta montaña de Las Nieves una gran multitud de hermanos, hijos todos de la Madre, bendita entre todas las mujeres, congregados ante Ella, desde los más distantes puntos de la isla.

Unos hemos venido para darle gracias por alguna gracia recibida y otros para pedirle alguna y consuelo en las penas. Ante la Madre, hemos olvidado la ofensa que nos ha hecho alguno de nuestros hermanos y la hemos perdonado. Hemos suavizado la amargura y tristeza que sentimos al ver su bienestar, pidiéndole nos ayude para vencer la humillante pasión. . . Le hemos contado la secreta pena a nadie comunicada y hemos sentido alivio como cuando todos los hermanos, más con el corazón que con la boca, cantamos con nuestros ojos fijos en los de la venerada imagen "más blanca que la nieve - más fúlgida que el sol - así es mi excelsa Madre - así es mi dulce amor".

A mi me huele a pueblo, a mi me huele a montaña. A mi me huele a aire saturado del gas que sube a Famara. A mi me huele a este maravilloso y nuevo edificio levantado por el amor y sacrificio de mis hermanos de Teguiise, donde venimos a contar, como niños, las penas a la Madre.

5 de agosto de 1976.

ANECDOTAS

Contadas por don José María Gil Santana en el acto inaugural de la Escuela de Folklore de Las Palmas.

Les voy a contar una anécdota, que ya he narrado otras veces, pero como ha gustado, se las vuelvo a contar a Vds.

La anécdota es de fines del siglo pasado. Porque yo nací en el siglo pa-

sado. ¡Ah!, no serví al rey, serví a los demás, pero al rey no. Y ésto lo oí yo no sé dónde. Los viejos se reunían por ahí para decir cuentos, por la noche. Este ha gustado y a mi también me gusta.

Erase una vez un matrimonio. Ella se llamaba Juana y él Manuel. Eran campesinos. Tenían su vaquita, sus dos o tres cabritas, las gallinitas, una casa de campo y vivían bien.

Un dicho antiguo señala que "mal anda la casa donde la gallina canta y el gallo calla", pero en esa casa el gallo callaba y la gallina cantaba, pero andaba muy bien la casa, pues ella era una mujer de muchos conocimientos y llevaba todo muy bien, porque él no sabía nada. Como antes no se sabía nada de letras, nada, era ella la que llevaba la cuenta de todo.

Y sucedió que al marido le gustaba los sábados irse con unos vecinos y echar un "cañonazo" de vino. Porque en Lanzarote se bebe vino; aquí ron. Se echaba sus "cañonazos" e iba para la casa medio "encampanao". Y sucedió que allí se arrimó un marchante. Que ustedes saben que marchante le llamamos a esos que se dedican a comprar reses para llevar al matadero y eso. Y los marchantes tienen, como ustedes saben, un cierto poder de sugestión. Parece que sugestionan a la persona y le dicen: "Mira, aquel animal está enfermo. Vd. debe venderlo". Y lo sugestionan y lo vende.

Resulta que tenía una cabra que se le había quedado, que no le dio cría aquel año. No digo la palabra que se emplea, porque esto tiene un rombo y si le pongo dos lo echo a perder. Pues sucedió que la cabra aquella se la trató en tantas pesetas: tres pesos me parece. La mayor parte ya no saben ahora lo que vale un peso. Bien, se trató la cabra en tres pesos. El marchante dijo:

—Pues, mañana voy por ella".

Y al siguiente día fue por ella a la casa y no estaba el marido, que se encontraba en el campo. Y entonces le dice a la mujer:

—Aquí vengo, seña Juana, a llevarme la cabra esa que se les quedó del año pasado.

—¿Qué me está diciendo, hombre? La cabra no sale de mi casa.

—Si me la trató su marido y no sale. . .

—Que no. Una cabra que la crié yo, no. No, esa cabra no sale de mi casa.

Y se marchó el marchante y se encontró con el marido.

— ¡Hombre, bonita palabra tiene usted!

— ¡Hombre! Mi mujer. . . ¡qué le voy a hacer!

Lo que hacemos todos los medio puñetas que somos los maridos. La tranquilidad vale mucho. Y, entonces, se fue a la casa, dándole las quejas a la mujer.

— ¡Esto que has hecho conmigo. . . ! Que he quedado con ese hombre en mal lugar.

Y, entonces, ella empezó a llorarle y a pedirle quejas y demás. Tanto fue que empezaron a sacarse hasta los defectos de la familia. "Que si tu familia, tal; que si tu familia, cual". Se pusieron como "piford". ¿Ustedes saben lo que es piford? Eso es una palabra antigua, que muchos no saben lo que es.

Bueno, y fue tanta la ira que se tomaron que no se hablaban ni una palabra. El venía del campo, atendía a la vaca, los animales y tal. Ella arreglaba la comida, se la ponía, pero ni "buenos días", ni "buenas tardes", ni nada. No se hablaban ni una palabra.

Pasaron quince o veinte días así, en esa misma situación. Y la mujer —porque las mujeres en el amor son extremadas y en el rencor también son extremadas, hay que reconocerlo—, entonces la mujer. . .

Ustedes, muchos, no saben como eran las camas antiguas. Voy a describirlas: dos bancos de tea. Sobre esos bancos de tea, así también, y encima dos colchones, uno de paja y otro de lana. De modo que las camas eran de este alto, y había que subirse sobre un taburete de nogal, para subirse arriba. El desgraciado que se caía soñando ahí abajo. . .

Bueno, sucedió que esta mujer rencorosa saca una tabla de las seis que tenía la cama y la pone dividiéndola de arriba a abajo, porque era muy ancha y no había más cama que aquella. El se subía con un taburete por el lado de aquí y ella se acostaba por el lado de allá y. . . a dormir se dijo. Pero ni una palabra. Y pasan unos veinte días, puede que fueran más días, cuando una madrugada, ella, medio acatarrada, hace "atchís, atchís". Y él, sin levantar cabeza le dice:

Entonces ella, enseguida, levanta la cabeza por encima de la tabla y le dice:

—¿Qué dices Manuel?

—Que quites la tabla.

Señores, he notado yo que en mi naturaleza hay dos personalidades: una, que es débil, como es este cuerpo que llevo sosteniendo durante 92 años, y dentro de mi hay otro yo, que se eleva por encima de las bajezas, de las miserias de nuestra vida. Me he dejado llevar por los sentimientos éstos que sembraron en mi corazón mis padres, esta fé sencilla que yo he procurado delimitarla. Que siempre hay cosas en las edades pasadas que no vienen con la razón y que tuve seis o siete años. Dios, permítanme que soy un creyente, que traiga aquí a Dios, porque lo llevo siempre conmigo y, de lo que está lleno el corazón, hablan las bocas, dicen las Escrituras.

Dios me distinguió con un estigma, un estigma terrible. Ultimamente ya no me gusta mucho comparar las cosas. Y las comparaciones, claro, son muy grandes y muy lejanas. Las comparo con San Francisco de Asís, los estigmas de la Pasión del Señor. La vida mía ha sido una pasión continua. Tantos años sostenido por una fuerza, un fuego, una cosa que me sostenía y no me dejaba caer en la desesperación, al verme no disfrutar del banquete que disfrutaban todos mis hermanos. Y he tenido la suerte de poder llevar esta cruz, este estigma tantos años, y poder convertirlo, como hace la abeja al tomar el néctar de las flores, tan amargas, y convertirlo en dulce, como es la miel, para repartirla entre todos mis hermanos. Y lo curioso de todo esto es que yo esa miel también la como al repartirla con mis hermanos, con mis chistes, y mis músicas y mis cosas. Y creo que sea por eso, por lo que he vivido tantos años.

Cuando despierto por la mañana, doy gracias a Dios por ese estigma que me dio desde niño, porque, a cuenta de él, me ha dado tantas cosas. Me ha dado este cariño que ahora mismo me profesais todos en Lanzarote. Y yo soy de Gáldar, pero he pasado la mayor parte de mi vida en Lanzarote. Allí me quieren mucho: Me hicieron un homenaje que no se le ha hecho ni al Rey, ni a ningún personaje que yo conozca en las islas.

Yo aquí, cuando me invitaron a venir a este acto. . . Yo no pensaba volver a salir más, porque la espina dorsal se está doblando como un acordeón viejo, pero cuando me dijeron ésto y para lo que es. . . Como un

perro cazador que lo sacan al aire y tal, así soy yo, que siento esto. Me siento muy honrado al final de mi vida de tener un acto como éste, de ver esas caras que me miran con verdadero cariño.

Empecé diciendo, que no lo terminé, que todos los días al despertarme doy gracias a Dios por este estigma que me dio. Que, a cargo de él, me ha pagado el cien por uno, mucho más, porque el cariño verdadero no se puede medir con dinero ni con tesoros. Luego, tan afortunado he sido yo, primero, porque no he sido ambicioso. Que siendo un individuo muy pobre pasé necesidad cuando pequeño, y, con mis manos y mi habilidad, parece que Dios me la ha dado, he ganado la vida, he sostenido una familia. Conquisté una mujer, que hoy me parece mentira como pude yo "engañar" a aquella muchacha. ¡Cómo pudo ser eso! Porque yo me veo en un espejo —en mi casa hay un espejo que yo lo llamo "de cuerpo presente"— y un día me ví y me ví en ropas menores y le dí una patada y lo rompí. . .

Señores, yo no terminaría de hablar. Muchas gracias por haberme honrado tanto y de lo que queda de vida algo haré.

